

---

---

## CAPITULO XXVII.

---

### Empresa temeraria.

Mauricia no se habia engañado. César estaba allí á poca distancia, rodeado de sus valientes, que enamorados de su generosidad y de su arrojo, le seguian con placer en todas sus aventuras, tributándole repetidas muestras de sumision y de cariño.

A pesar de su cansancio y de su angustiosa fatiga, quiso cumplir la palabra que habia dado á Mauricio, y volvió á la aldea con este único objeto.

Ya dejaba en seguridad á Matilde, aunque para conseguirlo tuvo que arriesgar no pocos peligros.

Cuando salieron del castillo por la puertecilla del jardin, el jóven montó en su poderoso alazan, colocando cuidadosamente á su amada en la delantera de la silla.

Otro faccioso practicó igual operacion con Andrea, y ambos caballos, veloces como el viento, se lanzaron á través de los olivares, internándose á poco en un terreno escabroso y solitario.

Matilde iba temblando: su cabeza, de la que se habia desprendido el velo nupcial, se apoyaba con infinita

confianza en el pecho del gallardo mancebo, que la estrechaba contra su corazón, vertiendo en su oído, como una armonía divina, dulcísimas y amorosas palabras.

¡Qué bella es la vida cuando se ama! El amor lo embellece todo en torno nuestro, y hasta en los momentos de peligro hallamos encantos y placeres.

La naturaleza entera sonreía á nuestros enamorados: el sol les parecía más brillante, más hermoso el azul del cielo y más aromáticas las flores.

Sin embargo, Matilde temblaba; pero temblaba de emoción, temblaba porque veía á su amante solo en medio de un campo, donde á cada paso podía ser sorprendido por las tropas de la Reina.

Empero él no se acordaba, era feliz y no temía su propio peligro con tal de salvar á su amada del infortunio y de la tiranía á que querían someterla.

Ya llevaban una hora de marcha á través de los riscos y de las malezas, porque apartándose del camino real, siguieron por impracticables senderos, desconocidos en lo general, que únicamente sus caballos recorrían con seguridad por la costumbre que ya tenían de hacerlo.

César, mirando á su amada con dulce ternura, comprendió que la cansaba su precipitada marcha: iba palideciendo y dejando notar en su fisonomía el abatimiento y la angustia.

—¿Vas fatigada, ángel mio?— la dijo.

—Mucho; y siento en verdad confesártelo, porque en estos momentos quisiera ser fuerte como un roble.

—¿Y qué culpa tienes tú, querida mia, de ser, en igual de roble, una débil flor?

—Ciertamente que no tengo la culpa; pero eso no quita para irritarme contra mi propia debilidad.

—Ahora descansaremos: hay á pocos pasos de aquí un delicioso valle, por donde corre un arroyuelo crista-

lino; allí nos detendremos, aguardando á que lleguen mis facciosos que han quedado en el castillo.

—Es en verdad muy grande tu temeridad arriesgarte de esta manera, sin defensa, sin más armas que tu valor, á cruzar una estension de ocho leguas que nos separan de los montes de Toledo, donde encontraremos un refugio impenetrable y seguro.

—¿Te imaginas que vamos solos?

—Así lo creo; no hallo á nuestro lado más compañía que la de tu criado y la de Andrea que nos siguen.

César se sonrió, aplicando á sus lábios un agudo silbato, á cuyo prolongado eco, que se repitió por el valle, aparecieron, saliendo de entre las matas, multitud de hombres armados de formidables trabucos, estrañamente vestidos y con su indispensable boina en la cabeza.

—¿Ves mi refuerzo?—murmuró el jóven al oido de su amada.

—¡Ah!—esclamó esta mirando con terror los atezados rostros de los facciosos, que saludaron militarmente á su jefe, volviendo á esconderse tras de las matas á una señal suya.

—¿Tendrás ahora miedo?

—En este momento no; mas si la fatalidad nos hiciera encontrarnos con las tropas de la Reina, entonces sí temblaría.

—Pues más vale que te acostumbres á esa idea, armándote de valor, por si acaso tenemos algun encuentro, lo que no es difícil.

—¡Evítalo, por Dios! ¡Me moriria de angustia!—dijo la jóven aterrada, apoyándose más en el pecho de su amante, como si ya viera el peligro encima y quisiera buscar refugio.

Matilde no era tan cobarde como queria parecer; más bien ella se imaginaba débil, sin sospechar que tenia valor para arrostrar el peligro. Empero dejábase subyu-

gar de un miedo pueril, que no carecía de encantos, por lo agradable que es el contraste de nuestra debilidad con la fortaleza y valor del hombre que amamos, cuyo pecho es nuestro escudo en las ocasiones del peligro.

Andrea se mostraba más animosa, á pesar de que en realidad sentía más miedo que su jóven señorita.

El faccioso que con vigoroso brazo sostenía á la buena nodriza, era un muchacho jóven, valiente, de varonil y simpático rostro. Era el criado que César tenía á su servicio, al que dispensaba su entera confianza, y de cuya fidelidad estaba completamente seguro; porque, además de unirles el lazo de la simpatía, les unía el de una viva gratitud, el de un reconocimiento profundo, que Leon (este era su nombre) profesaba á su jóven amo, por haberle salvado la vida en dos ocasiones, aun á riesgo de la suya.

Leon había nacido en Toledo, siendo su padre un leñador de esta ciudad; con este motivo se crió en los montes, ejercitándose toda su juventud en la caza, por lo cual conocía palmo á palmo el terreno, habiendo él mismo indicado á César los sitios de mayor seguridad.

Andrea le miraba de vez en cuando, y le decía:

—Cuidado con aflojar los brazos, que peso mucho, y si me sueltas ya estoy en tierra.

—Pierda cuidado, abuelita, que entre mis brazos está Vd. tan segura como sentada en la punta de un campanario;—esclamaba Leon riéndose á carcajadas y complaciéndose en balancearla á un lado y otro del caballo, fingiendo la dejaba caer.

—¡Ah, picaron, picaronazo! ¿Tú te burlas de mí? ¡Como soy una pobre vieja, ya se vé, te gozas en asustarme!

—¡Ea! No tenga Vd. cuidado, abuelita; si Vd. vé que yo la quiero como á mi madre.

Al decir esto, brotaba una lágrima de los ojos de

Andrea, que el intrépido Leon se apresuraba á enjugar, haciendo á la cariñosa anciana mil protestas de cariño.

Así llegaron al escondido valle que César indicó á Matilde, donde se apearon, sentándose sobre la yerba á la sombra de unos espinos en flor, y mirando correr bajo sus piés el murmurante arroyuelo que se deslizaba entre flores y yerbas aromáticas como una cinta de plata.

—Ea, abuelita: Vd. vá á ser la depositaria de los fiambres, aquí están á su disposicion;—dijo Leon colocando cerca de Andrea una alforja bien llena de excelentes provisiones.

—¡ Ah, bribon!... ¿ Pues no ha dado en llamarme abuela? Si yo no tengo nietos.

—Yo lo seré: tampoco tengo abuela, ni padres, con que me viene bien encontrar á Vd. para que lo sea.

—No necesitas tú á nadie; me parece que eres un pájaro que solo anhela la libertad.

—Ese era el sueño de mi vida, que por fin veo realizado en union de mi querido jefe D. Solitario.

Todos se reian de la locuacidad y gracia de Leon, que hacía poderosos esfuerzos por conquistarse las simpatías de Andrea y de Matilde, lo que consiguió inmediatamente, gracias á su natural bondadoso y honrado.

—¡ Lástima que seas faccioso!—le dijo Matilde.

—¿ Acaso no lo es mi amo tambien? Yo no sirvo á Carlos V, sirvo al Solitario, y donde quiera que él vaya allí vá Leon; si mañana dice: «somos cristinos,» gritaré: «¡ viva Isabel II!» como ahora grito: «¡viva Carlos V!»

—Pues me parece que tienes que prepararte á gritarlo muy pronto, —le dijo César, que se habia levantado y miraba á lo lejos con un antejo.

—¿ El qué, lo primero?

—No, lo segundo; porque todavía no tenemos más remedio que ser facciosos.

—¿Pues qué sucede?—esclamó Matilde vivamente alarmada.

—¡Virgen del Carmen, Dios nos saque con bien!—gritó Andrea, juntando las manos piadosamente.

Lo que llamára la atención de César, era un coche, que escoltado por tropas de la Reina, se distinguía á lo lejos, atravesando un camino vecinal que partía con dirección á Toledo.

El jóven cabecilla aplicó el silbato á sus lábios, viéndose instantáneamente rodeado por cien facciosos, que saliendo de entre las quebraduras de los riscos bajaron al instante á ponerse á sus órdenes.

—¡Muchachos!—les gritó César;—es preciso que deis una prueba de valor á esta dama, que juzga cobardes á los facciosos que me siguen.

—¿Qué hay que hacer para ello?—gritaron muchos.

—Apoderarse de aquel coche.

—¡Cómo! ¿Quieres por una vanidad pueril emprender una lucha en mi presencia?

—No es por vanidad, querida mia.

—No lo comprendo de otro modo.

—Te lo explicaré: en aquel coche debe ir algun personaje que se dirige á Toledo muy cómodamente, sin sufrir el cansancio de una precipitada marcha á caballo, y esa comodidad que él disfruta la necesito yo para tí.

—¿Conque es decir, que vas á despojarle de su coche para que yo le ocupe?

—Justamente.

—¡Y las tropas que le escoltan!

—Serán hechas prisioneras por los míos, las despojarán de sus uniformes, y serán sustituidas por mis gentes, que disfrazándose con ellos, podrán conducirte con toda seguridad hasta los montes, donde montando otra vez en nuestros caballos, dejaremos al cochero en libertad, para que cuente en la corte la hazaña que en este mo-

mento van á llevar á efecto mis bravos :—¿ no es verdad, amigos míos ?

—Sí, señor ;—gritaron todos entusiasmados.

—¡ Ea ! Pues corred ; os dejo la gloria de la empresa, yo me quedo acompañando á esta señora.

—¿ Voy yo ?—dijo Leon.

—Tú conmigo.

—¡ Voto al chápíro !—esclamó el intrépido mancebo, poco conforme con aquella disposicion.

De entre la turba de valientes se adelantó uno, que debia ser el segundo jefe, á recibir las órdenes y detalles que minuciosamente le estuvo dando César.

Poco despues, el carruaje habia desaparecido por entre un recodo del camino ; y los facciosos, dispersándose del mismo modo que se presentaron, dejaron solos á los amantes con sus fieles criados.

—Almorcemos, querida mia,—dijo César, sentándose muy tranquilo y preparando sobre la yerba los fiambres,—en tanto llevan á cabo la empresa.

—¡ Yo no puedo comer, mientras quizá se matan esos infelices !—dijo Matilde.

—No temas, ángel mio ; soy demasiado feliz para complacerme en celebrar mi felicidad con la desgracia de otros. Mis facciosos tienen orden de evitar la efusion de sangre, contentándose con sorprender, haciendo prisioneros á los soldados de la Reina.

—¡ Ah, qué bueno eres !... ¡ Cómo te agradezco tan delicado rasgo !—dijo la jóven, mirándole con infinita ternura.

—¿ Ves ?... En tus ojos hallo el premio de mi accion.

—Todas las buenas obras llevan en sí su recompensa,—repuso Matilde, preparándose á tomar alguna cosa ; más bien por complacer á su amante, que por sentirse con apetito.

Apenas habia trascurrido media hora de la aparicion

del coche, cuando se sintieron á una distancia no muy lejana algunos tiros que se repetían con frecuencia.

César aparentaba una completa seguridad, no dejando, sin embargo, de dirigir hácia aquel lado inquietas miradas, que demostraban, no su temor por el éxito de la lucha, sino su disgusto por hallarse lejos de ella.

Los facciosos que habian quedado por la mañana en el castillo, llegaron al valle en aquel momento, apresurándose César á mandar tan oportuno refuerzo á los que fueron con ánimo de apoderarse del coche. Previsora medida que no debió ser inútil, porque las descargas continuaron con bastante fuerza; pero cesaron al poco tiempo, quedando el valle en un silencio absoluto.

Media hora despues, los facciosos volvieron, llevando en triunfo los uniformes de las tropas de la Reina, y dando gritos de salvaje alegría, que manifestaban su entusiasmo y el ardor con que emprendieron una empresa que les adquiria el título de valientes en el concepto de una dama á quien tanto respetaban, por ser la novia de su gallardo jefe.

---

## CAPITULO XXVIII.

---

Flor de Romero.

Merced al arrojido de los facciosos y á la astúcia de César, pudo Matilde llegar á los montes de Toledo con toda comodidad, perfectamente escoltada por facciosos disfrazados de cristinos y sin peligro alguno.

Era media tarde cuando llegaron al pié de un escarpado cerro, por cuya vertiente tenian que atravesar á caballo hasta llegar al punto de su partida. Se apearon del coche, volviendo á continuar su camino del mismo modo que le habian emprendido; es decir, Matilde con César en su gallardo alazan, y la gruesa nodriza sostenida por los robustos brazos de Leon, que cabalgaba en un potro corredor y ligero como un galgo.

Habian tenido la prevision de llevarse uno de los prisioneros para que se volviese con el carruaje así que este les fuera innecesario, lo que hicieron efectivamente, dejándole en libertad para irse á buscar al dueño del coche, que era un importante personaje, ó para dirigirse á Toledo, como poblacion más cercana, á dar parte de la nueva cuanto increíble hazaña del Solitario.

Previsores en alto grado, le hicieron partir antes de que pudiera observar el camino que tomaban, aunque de todos modos hubiera sido lo mismo, porque el terre-

no montañoso, desigual, lleno de escabrosidades y precipicios que tenian que seguir hasta encontrar la cueva que debia servirles de refugio, no era el más á propósito para que nadie le aprendiese con facilidad, y mucho menos el escondido asilo, conocido solamente de César y de su fiel criado, sin que, ni aun los mismos facciosos que se albergaban por las inmediaciones, hubieran podido nunca descubrirle.

Apenas se internaron en la parte escabrosa de los montes, Matilde se sintió sobrecojida de un temblor convulsivo, pasando continuamente á las más vivas emociones producidas por el espanto, el asombro y el temor que le causaba ver que iban caminando, ya por despeñaderos profundos, ya por inmensos barrancos que formaban cañadas y sombríos valles, ya por encumbrados riscos, por ásperas sierras y por impracticables senderos, que demostraban á cada paso enormes precipicios, donde hubieran perecido indudablemente al menor tropiezo de las cabalgaduras.

—¡Esto es horrible, César mio! —esclamaba la jóven contemplando el abismo bajo sus pies. — Si el caballo resbala, pereceremos sin duda en ese torrente que entre peñascos se desliza á lo largo del valle.

—No temas, amor mio; mi caballo está acostumbrado á recorrer por estos vericuetos de noche y de dia sin resbalar jamás.

—¡Qué terreno tan escabroso; dá miedo atravesarle!

—A esas dificultades que ofrecen estos montes debemos nuestra salvacion: nuestros caballos suben como gamos por los riscos; y luego nosotros, asemejándonos á los gatos monteses, nos deslizamos de roca en roca hasta encontrar guarida impenetrable. Aquí cada faccioso tiene su escondite; á una señal mia todos se reunen para el combate, dispersándose despues á buscar sus madriguas como las fieras en los bosques.

—Pero el día que á las tropas de la Reina se les antoje dar una batida , os cazarán á todos.

—¡Imposible! Hay por todo esto mil enercujadas por donde puede solamente pasar un hombre de frente ; y como nosotros estamos en lo alto de las rocas , ¿quién se atreve á cruzar ? ¿Ni quién , que tenga tal atrevimiento, llega con vida á lo alto de los riscos ?

—¿Luego aún tenemos que subir más arriba?—esclamó Matilde estremeciéndose y mirando , no ya á la profundidad , sino á lo alto de la inmensa cordillera de escarpadas sierras que contemplaba á su izquierda.

—Sí; la puerta de nuestra gruta es *El pico de las águilas*; desde aquí se distingue ya.

—¿Cuál es ?

—No quisiera decírtelo ; te dará miedo el mirar su peligroso ascenso.

—Más me dará seguir caminando por el borde del abismo sin la esperanza de que salgamos pronto de él.

—Pues mira. ¿Ves ahí enfrente una inmensa mole de piedras desprendidas de los riscos que parece van á precipitarse á cada momento sobre el desdichado que tenga la desgracia de bajar al valle ?

—Ya las veo; han caido de arriba, y parece que están sostenidas en el aire.

—Pues no caerán; están firmemente adheridas al terreno: nuestros caballos se quedan siempre debajo pasando en el valle , y nosotros trepamos sobre esa masa de rocas, medio caidas , llegando hasta el pico más alto, que hemos denominado con el nombre de *El pico de las águilas* por su forma puntiaguda y por lo inaccesible de su ascenso.

—¡Me pasmas ! Si ahí solo pueden subir las águilas.

—Y nosotros , que somos leones acostumbrados á las asperezas de estas montañas.

—Pero no podremos seguiros las débiles mujeres.

—Tú en mis hombros, y Andrea en los de Leon, verás cómo llegais sin peligro, si no teneis fuerzas para subir solas.

Matilde se cubrió los ojos llena de terror; pero sin arrepentirse por eso, á pesar de su miedo, de la determinacion que habia tomado siguiendo á su amante.

En verdad que el modelo de nobleza y caballerosidad no daba motivos para otra cosa: su delicadeza, el profundo respeto con que trataba á su amada, su lenguaje tierno y amoroso siempre, pero casto, purísimo, elevado, inspiraban confianza y gratitud.

Por eso Matilde, que le conocia, se refugió en sus brazos como hubiera podido hacerlo en los de un hermano querido, sin que la más pequeña zozobra alterasen su tranquilidad, su calma y la fé que abrigaba en su generoso amparo.

Llegó el instante del peligroso ascenso. Estaban al pié de las rocas, trémulas, aterradas las dos mujeres, sin que pudieran comprender cómo aquellos dos hombres, por valientes y esforzados que fuesen, habian de llevar á cabo una empresa, á su parecer tan colosal.

Los caballos, apenas se vieron en libertad, corrieron á buscar en el valle su pasto acostumbrado.

César aplicó á sus lábios un agudo silbato, cuyo prolongado eco resonó de risco en risco con un sonido extraño, convenido sin duda ya, porque en seguida arrojaron desde lo alto del *Pico de las Águilas* una escala de cuerda toscamente construida, pero muy fuerte y á propósito para facilitar una subida menos peligrosa que la de escalar las rocas sin otro apoyo que la fuerza y la destreza individual.

—¡Esto ya es otra cosa!— dijo Matilde sonriendo.— Con una escala tambien me atrevo yo á subir.

—Probemos, pues, tu valor; para tí se ha hecho solamente, porque nosotros no la necesitamos. Sube la pri-

mera, yo iré detrás sosteniéndote; Andrea nos sigue, y León forma la retaguardia.

—¿Y si me engaña el deseo y me faltan las fuerzas á la mitad del camino?—dijo Matilde.

—Entonces encontrarás mis brazos que te suban;—respondió César.

—¡Ea, pues, valor y arriba!—esclamó la jóven pagando la galantería de su amante con una tierna mirada, y empezando á subir con más valor de lo que se hubiera creído en su timidez natural.

La operacion se ejecutó segun lo habia dispuesto César, llegando los cuatro personajes al pico de la roca, sin el menor peligro. En lo alto formaba la roca una plataforma donde pudieron descansar muy á gusto mientras que León subió la escala y la colocó al otro lado, por donde tenian que bajar, separándolas del escondido valle que se ofreció á sus ojos, una altura de la misma distancia poco más ó menos que la que habia por la parte de afuera, y que acababan de subir.

—¡Oh, qué lindo panorama!—esclamó Matilde, no cansándose de admirar el ameno valle que se estendia debajo de sus piés, y que se hallaba allí escondido entre elevadísimas montañas, oculto á las miradas de los hombres y tan impenetrable, como que era imposible llegar á él sin el auxilio de una escala, ó poseyendo la admirable destreza de las cabras monteses.

En el fondo del valle corria un arroyuelo que bajaba de los riscos formando vistosas cascadas, y á uno y otro lado crecian infinidad de flores, bellísimas plantas, semillas y frutales, cultivados sin duda por una diestra mano segun la lozanía que ostentaban.

A la falda de una montaña y entre una gran porcion de piedras desprendidas de lo alto, se veia la boca de una gruta rodeada de verdor y guardada por una linda jóven, que se habia sentado á la puerta rodeándose de

diez ó doce cabras, y mirando atentamente *El Pico de las Aguilas*, sorprendida al ver las señoras que acompañaban á César y á Leon.

Matilde no reparó en la jóven hasta que estuvieron en el fondo del valle; entonces ella se levantó dirijiéndose al interior de la gruta como asustada, porque veia con los jóvenes á unas personas estrañas que no conocia ni tenia costumbre de ver.

—Ya se escondió Flor de Romero;—dijo Leon.

—Lo mismo hizo cuando me vió á mí por primera vez;—añadió César.

—Y ¿quién es esa jóven? ¿Luego aquí hay mujeres tambien?—preguntó Matilde.

—Es mi novia, señora,—dijo Leon:—la pobre vive sola en este escondido valle sin conocer el mundo, sin tratar más bicho viviente que á sus cabras, sus palomas, al señorito y á mí. Así no estrañen Vds. que se esconda.

—Luego saldrá;—dijo César.—¡Si vieras, querida mia, qué criatura tan inocente! Es un pobre cordero criado en esta selva, para que un leon la encadene.

El asistente comprendió la alusion y echándose á reir dijo:

—¡Bien libre está, mi capitán!... Vd. mismo sabe cuánto la quiero, y con el cariño que la trato; es verdad que ella me corresponde, si no me hubiera querido muere.

—¿Pero no la dejas salir de aquí ni conocer el mundo?

—¿Y dónde ha de estar mejor y más segura?... Ella no conoce las necesidades, ni las miserias de la vida: es feliz en este valle con mi amor que nunca le falta, con sus cabras, sus plantas y sus pájaros; sería, pues, una crueldad arrancar de este edén una flor tan pura y tan fragante para trasladarla á un mar borrascoso, donde las pasiones humanas se agitan embravecidas causando

de continuo la desgracia de los mortales que no pueden sacudir su yugo.

—¿Luego esa jóven ha vivido siempre en este valle? —preguntó Matilde.

—Sí, señora; por aquella montaña que vé Vd. allí á la derecha de la gruta cayó rodando cuando apenas tenia cinco años.

—¡Jesus, qué altura tan inmensa!... Fué un milagro que no se matase.

—Ya lo creo; debió su salvacion á que entonces era el mes de mayo, y toda esa ladera estaba cubierta de yerbas que la impidieron lastimarse, quedando, sin embargo, desmayada al llegar á lo profundo del valle, que la recibió en su seno, prestándola desde entonces á ella y á mí cariñoso asilo.

—Esa debe ser una historia muy curiosa, y quisiera oirla contar con todos sus detalles;—dijo Matilde.

—La escucharás otra vez, querida mía;—repuso César.—Hoy no tenemos tiempo para detenernos, porque he ofrecido á Mauricia estar mañana al amanecer en Valde Real, y deseo cumplirla mi palabra.

—¡Ay! es verdad; no me acordaba de esa circunstancia: entonces, ¿partireis al momento dejándonos solas aqui?

—Quedais con Flor de Romero.

—¿Y no pueden penetrar aqui las tropas de la Reina, ó los mismos facciosos?

—Imposible: este pequeño valle escondido á las miradas de todos por la elevacion de las montañas que le rodean, no puede ser descubierto, porque no puede bajarse á él sin el auxilio de una cuerda ó una escala, arrojada al otro lado desde aqui.

Leon, mientras la conferencia de los dos jóvenes, habia entrado en la gruta, y sacaba cojida de la mano á la tímida pastora, que se escondió á la aparicion de Ma-

tilde; pero que al verla cerca, tan dulce, tan bella y tan afable, se acercó á ella llena de confianza, examinando con pueril curiosidad su traje; y sonriendo como el niño á quien le presentan un objeto que no conoce, y cuya vista le maravilla.

Matilde y Andrez la abrazaron tiernamente, quedando desde luego muy amigas.

César, viendo que el tiempo pasaba, se despidió con pena de su amada, prometiendo volver con Mauricia al siguiente dia; Leon recomendó á Flor de Romero la esmerada asistencia de la señorita, aunque no lo necesitaba, porque ya Andrea habia recorrido la gruta y el valle, haciéndose cargo de las comodidades que podia ofrecer su provisional asilo, y no debieron disgustarle sus investigaciones, cuando volvió diciendo, á tiempo ya que los jóvenes se marchaban:

—No nos importa quedarnos solas; creo que ellos deben estar perfectamente. Aquí se encuentra de todo lo necesario para pasar bien la vida.

—Ya lo creo; —repuso César.—Como que Leon es el encargado de traer al valle todos los efectos necesarios para el recreo y comodidad de su amada.

—Diga Vd., señorita, —añadió Leon,—que muchos de los objetos que encontrarán, han sido traídos á propósito para Vd. La verdad en su lugar.

César sonrió, alargando la mano en señal de despedida.

Matilde se la estrechó mirándole con orgullo, sintiendo una viva emocion por las atenciones y por las pruebas de amor que continuamente recibia de su gallardo amante.

Instantes despues estaban en lo alto del *Pico de las Aguilas*, repitiendo desde allí á las jóvenes, que los contemplaban desde abajo, sus espresivas muestras de cariño.

---

---

## CAPITULO XXIX.

### La madre y los hijos.

Matilde se sentó á la orilla del riachuelo, mirando con tristeza al elevado risco, hasta que vió desaparecer por el otro lado á César y á Leon.

A poco el silbato de César anunció que estaban en salvo, y la escala arrojada con brio cayó á lo largo de la roca, quedando suspendida del *Pico de las Aguilas*, en cuya punta estaba siempre fija.

Matilde entonces se volvió hácia Flor de Romero, y tomando con cariño una de sus manos la dijo:

—Tú estarás acostumbrada á verlos marcharse todos los días, ¿no es verdad?

—Sí, señora: apenas descansan aquí; siempre están corriendo por ese mundo que hay detrás de esas montañas.

—¿Mundo que tú no conoces, eh?

—Yo no, nunca he salido de aquí, ni quiere Leon que salga: me dice que como aquí corre rápido y cristalino ese arroyuelo, así al otro lado de la montaña se deslizan también arroyos, pero no de agua pura como este, sino de sangre, de sangre noble y generosa, que vier-

ten los españoles matándose unos á otros, por disputarse las primicias de un mando que solo ha de producirles amarguras.

—Y no te ha engañado Leon, hija mia; tú estás mejor en este valle, ignorado y apacible, libre de las pasiones del mundo, y sin que tenga que horrorizarse tu alma inocente al contemplar esa lucha fratricida donde se ven peleando en opuestas filas, á hermanos contra hermanos, á padres contra hijos, y á los amigos que han vivido juntos desde la infancia, destruirse mutuamente jurándose guerra y esterminio, por sostener el honor de su bandera, por conseguir el triunfo de sus ideas políticas, sin ver que aniquilan su felicidad, sus hijos, sus hogares, autorizando y llevando á cabo sangrientas represalias y horrores sin cuento, que debieran evitar á todo trance, porque todos son españoles, son hermanos, y su triunfo no debiera ser el de un partido, sino el de la humanidad, el de la justicia, el amor al progreso y al engrandecimiento de su patria.

Matilde, al decir esto con notable ardor, pensaba en que al fin tendria que empeñarse una lucha donde combatirian con creciente enojo, su padre y su hermano, contra el hombre que ella adoraba, contra el generoso César, único sér que podria hacerla feliz sobre la tierra.

La idea de este combate fatal la estremecía, diremos más, la horrorizaba, y sin embargo, no veia medio posible de evitarlo si llegaban á encontrarse.

Esta inquietud la duró toda la noche y parte del dia siguiente, sin que fueran suficientes á calmar su desasosiego, las prudentes reflexiones de Andrea, ni las dulces y consoladoras palabras de Flor de Romero, que la aseguraba haber visto cien veces á César y á Leon salir del valle, para ir á batirse con las tropas de la Reina, volviendo otra vez á él sanos y salvos, y cargados de rico botín.

Así pasaron las horas que trascurrieron desde que el Solitario se dirigió á Valde Real, al frente de sus faciosos, llevando la sola idea de apoderarse de Mauricia, reuniéndola con Matilde, para que ambas pudieran distraerse encontrando menos enojosa la soledad del valle.

Sin el menor contratiempo llegó á las inmediaciones de la aldea, cuando el primer crepúsculo de la mañana comenzaba á colorear el horizonte.

Hizo la señal encendiendo una hoguera, que Mauricia descubrió en seguida, enseñándosela á Efigenia, y viendo ambas en aquella luz bendita su puerto de salvacion, la esperanza de su futura felicidad.

—¡ Oh , vámonos pronto, hija mia !... Corramos á encontrar á mi Patricio: estoy ansiosa por abrazarle, por estrechar contra mi corazon su hermosa cabeza, que no he visto desde que nació. ¡ Oh, hijo mio !... ¡ Hijo mio

Mauricia no pudo contener la febril impaciencia de la condesa, y viéndola que sin consideracion alguna saltó por la ventana dirigiéndose al sitio donde brillaba la luz, corrió trás ella; pero siempre mirando atrás y con recelo, por si las habian visto y las seguian.

Por fortuna ningun acontecimiento funesto interrumpió su marcha, efectuada á través de los sembrados con una celeridad pasmosa y con un ardor que solo puede comprenderse en el ánsia de una madre, que despues de una ausencia de veinticinco años corre á estrechar en su pecho al hijo de sus entrañas.

César las vió llegar, y aunque le estrañó que no fuese Mauricia sola, salió sin embargo á su encuentro, quedándose maravillado al ver que una señora desconocida para él se arrojó á sus brazos apenas le vió cerca, quedando en ellos desmayada.

—Mauricia, ¿ qué es esto? ¿ Quién es esta señora?— dijo el jóven sentándose con ella sobre la yerba, y haciendo una seña á Leon, que permanecia retirado á una dis-

tancia respetuosa, para que alcanzase un poco de agua.

Mauricia no pudo contestarle al pronto, porque la fatiga de su precipitada carrera no la permitía pronunciar una palabra. Se dejó caer junto á la condesa, queriendo á falta de palabras devolverla el sentido con el calor de sus manos, y con el fuego de sus miradas tiernísimas y amorosas.

César sostenia en sus rodillas y en sus brazos á la condesa, rociando su rostro con el agua fresca que le presentaba Leon, y contemplando con una dulce y respetuosa admiracion el pálido y bello rostro de la desmayada señora, cubierto de sudor que caia en anchas gotas por su frente. El jóven lo enjugó con su pañuelo, y dejándose llevar de un poderoso impulso de su alma, estrechó contra su pecho aquella cabeza querida, y la besó en la frente.

Mauricia, al advertir este movimiento y un poco repuesta de su angustiosa fatiga, exclamó con entrecortado acento:

—Deja, deja hablar á tu corazon; él te dirá que es tu madre esa señora....

—¡Mi madre!... ¡Oh, Mauricio, si fuera verdad!...— exclamó con arrebató el jóven dejando caer en tierra su postiza barba, su canosa peluca, y abrazando con delirante ardor á la condesa, que recobró el sentido con el dulcísimo y embriagador contacto de los besos y las tiernas caricias que su hijo la prodigaba.

—¡Sí; no te quede duda: es tu madre y es mia, es nuestra madre, porque somos hermanos!

—¡Tú tambien! ¿Con que ya no estoy solo en el mundo? ¡Pues ven; quiero abrazaros á las dos!

—¡Oh, hijo mio; hijo querido!—repetia la condesa turbada aún, pero esforzándose por devolverle sus caricias.

—¿Será posible que sea Vd. mi madre y Mauricio mi

hermana? ¡Oh, esto es una felicidad capaz de trastornar la cabeza mejor organizada!

—No lo creas; la alegría no hace daño: mira cómo yo sonrío, cómo me encuentro fuerte y animada al recordarte; no así cuando te perdí, cuando el infame de Pedro Gil te arrebató de mi seno, arrojándote como á un espó-sito sin fortuna en brazos de la caridad, para que su hijo disfrutase tu título y tus riquezas. ¡Oh, entonces sí que creí morir! ¡Entonces sí que mi razon se ofuscó y estuve loca, pero muy loca! ¡Y cómo no, si perdía á mi Patricio? ¡Hijo mio; hijo querido!

La pobre madre deliraba, hacía mil estremos con sus dos hijos: tan pronto lloraba como reía, prodigándoles las más ardientes demostraciones de cariño, á las que ambos correspondían dejándose llevar del sentimiento divino que embargaba sus almas.

Leon contemplaba desde alguna distancia aquella escena interesante, sintiendo que tambien sus ojos se humedecían, pero sin atreverse á decir una palabra ni á descender de su puesto, donde estaba como de centinela, cuidando de que los facciosos no se acercasen al sitio en que estaba su jefe, y de no ser sorprendidos por la parte de la aldea.

La condesa no se cansaba de mirar á los jóvenes, de besarlos y de abrumarlos á preguntas, que ellos contestaban con otras tantas, siendo satisfechas sin órden, sin concierto, aunque admirablemente comprendidas por los tres, ó más bien adivinadas, pues bastaba una sonrisa, una mirada, un gesto cualquiera para que cada uno hallase sus dudas desvanecidas, sus interrogaciones satisfechas.

Los instantes trascurrían con brevedad: pasó una hora, y aún permanecían en conferencia la afortunada madre con sus dos hijos, enterados ya de los tristes incidentes de su historia, de la maldad de Pedro Gil y de

Amalarico , y del estado desconsolador del conde , que, víctima de un error funesto , sufría también , pudiendo ser dichoso en brazos de su mujer y de sus hijos.

— Y bien , hijo mio ,— dijo Efigenia ;— ya conoces tu nombre , tu posición y todas estas miserables intrigas que nos rodean : ahora dispon lo que te parezca ; nadie mejor que tú podrá sacarnos á puerto de salvación.

— Sí , madre querida ; yo devolveré á Vd. la felicidad que ha perdido , recompensándola con usura de sus pasados dolores ; yo castigaré la infamia de ese hombre y la ambición de su hijo ; pero se hace preciso poner á ustedes lo primero al abrigo de su persecución.

— Nos reuniremos con Matilde ,— dijo Mauricia.

— Sí , al momento ; esto es lo urgente , lo necesario : cuando yo no pueda temer por sus vidas ni por su seguridad , que será mañana mismo , volveré á la aldea , entraré en casa de Pedro Gil por la misma ventana que os ha facilitado salida , y arrancándole esa carta fatal que nos pierde , le haré confesar su crimen ó morirá á mis manos.

— No quiero que espongas tu vida ,— exclamó Efigenia ;— vale más que uses la sagacidad , la astucia ; reflexiona que si tú murieras ahora que he tenido la dicha de encontrarte , moriría yo contigo.

— No tema Vd. , madre mía ; también la vida para mí es muy grata ahora que puedo recobrar de un solo golpe , posición , nombre , fortuna , padres y amor.

— ¿ Y nada más ?— exclamó Mauricia con la expresión de un cariño celoso.

— Y una hermana angelical , á la que siempre he querido , presintiendo quizá el sagrado lazo que nos une ;— dijo César abrazándola y levantándose para dar las órdenes de marcha.

Las tropas se pusieron en movimiento , dispersándose cada faccioso por su lado , aunque todos en dirección á los montes de Toledo.

Sin embargo de su corta estancia al frente de la aldea, fueron apercebidos por sus habitantes, que corrian á encerrarse en sus casas, escondiendo cuantos objetos de valor tenían, creyendo hostiles las intenciones de las tropas carlistas, que ya dos dias seguidos los habian visitado.

La alarma corrió de boca en boca, sembrando por do quiera el terror y el espanto, circunstancia que supo aprovechar César para escapar con las dos señoras, sin que nadie pensase en perseguirlos.

Montaron á caballo; y César, con el más cariñoso cuidado, colocó á su madre en el arzon delantero de la silla; mandó hacer lo propio á Leon con Mauricia y los mandó ir delante, teniendo así el doble placer de contemplar á un tiempo á su hermana y á su madre.

Esta, durante todo el camino, le fué refiriendo detalladamente la historia de su vida, sin ocultarle ni uno solo de sus pensamientos, obligando á César para que tambien por su parte depositase en su pecho la misma cariñosa confianza, apresurándose el jóven á complacerla, vertiendo con una emocion indecible por la primera vez de su vida, todas sus amarguras en el seno de una madre. Amarguras que debian tener fin, porque era virtuoso, y la virtud tarde ó temprano siempre halla en el mundo recompensa.

Esta vez no tuvieron la fortuna de encontrar coche en el camino, viéndose en la necesidad de seguir á caballo hasta la cordillera donde estaba situado el *Pico de las Aguilas*, donde llegaron al anochecer sin peligro alguno, aunque sí las señoras muy fatigadas á consecuencia de una carrera tan incómoda y tan larga.

Leon hizo la señal para que Flor de Romero arrojase la escala, teniendo la felicidad de encontrarse despues todos reunidos y en salvo al otro lado de la roca.

El solitario y ameno valle, nunca se habia visto tan

favorecido de ilustres damas, nunca tampoco resonaron en él palabras más entusiastas, más tiernas, ni muestras de cariño más delicadas y más bellas que las que se prodigaban las personas que allí había reunido la casualidad y la fortuna, que no siempre es contraria al hombre, sonriéndole á veces y apareciendo en el mundo como un astro divino para premiar las virtudes de los corazones nobles y generosos.

## CAPITULO XXX.

### Un momento de felicidad.

Matilde abrazó con efusión á Mauricia, preguntándola con tierno interés por su familia, informándose luego con la más viva curiosidad de las desgracias de la condesa, que hasta entonces se habia visto sujeta bajo el cruel dominio de Pedro Gil.

Era al anochecer: la naturaleza sonreía, mostrando su espléndida galanura en el escondido valle, donde los pajarillos entonaban himnos de amores, y las balsámicas flores abrían sus perfumados cálices, bordando las márgenes del cristalino arroyuelo, que se deslizaba mansamente como una cinta de plata, despues de bajar de la montaña formando una vistosa cascada.

La condesa, apenas se encontró en el valle y abrazó á Matilde y á Flor de Romero, se dirigió, apoyada en el brazo de su hijo, á la cabaña, ansiando descansar porque llegaba sumamente fatigada. Sin embargo, no quiso penetrar en su interior; que aparecía triste y oscuro, dejándose caer sobre la yerba, contemplando con delicia el hermoso aspecto que ofrecía el valle.

Flor de Romero, á un signo de Leon, entró en la cabaña, y salió á poco, sacando algunas sillas de madera toscamente construidas, y varias pieles, que estendió por el suelo para que las señoras pudieran descansar.

Matilde, Mauricia y César se agruparon alrededor de la condesa: Leon, Andrea y Flor de Romero se retiraron un poco; pero participando del regocijo de sus queridos señores, y escuchando llenos de gozo su conversacion.

La condesa decia á Matilde:

—Siéntate aquí, á mi lado; quiero manifestarte mi cariño, mi gratitud, porque has distinguido á mis hijos, porque eres la única que, lejos de despreciarlos al verlos pobres y abandonados, los has querido, adivinando quizá en ellos un origen más elevado.

—¡Ah, señora!— esclamaba Matilde conmovida;— no puedo hablar de gozo; una emocion dulcisima embarga mi alma, inundándola de alegría; porque al fin, gracias á este dichoso descubrimiento, puedo ser la esposa de César sin sufrir la oposicion de mis padres, que han de reconocerle por legítimo heredero del conde de Guayaquil.

—¡Sí, hija mia, la felicidad os sonríe!

—De todos modos, el sagrado lazo hubiera sancionado nuestro amor; pero, ¿qué diferencia? Despues de sufrir mil disgustos y contrariedades sin cuento.

—Ya ves cómo Dios protege la inocencia;— añadió César.

Mauricia no hablaba una palabra; se contentaba con permanecer apoyada en el seno de su madre, gozando con placer las caricias maternas de que habia carecido siempre.

César conservaba con tierno cariño entre las suyas una mano de su madre y otra de su amada, contemplando á las dos con una mirada dulcisima, que manifestaba todas las emociones de su alma.

—¿Quién pudiera figurarse que Amalarico, ese hombre antipático y odioso, era hijo de Pedro Gil?—esclamó Matilde.

—El parecido que entre ambos se nota los delata,—dijo Andrea,—y cualquiera que lo observe, no podrá menos de sospechar si tiene algun antecedente.

—Es verdad,—añadió Mauricia;—se parecen en cuerpo y alma. ¡Los dos abrigan unos sentimientos tan perversos! Y el pobre conde, nuestro querido padre, ¡cuánto sufre con él, creyéndole su hijo y hallando tan desacordes sus ideas!

—Deseo muchísimo desengañarle,—dijo César,—y estoy ansiando trasladarme á Valde Real para llevar á cabo esta empresa que á todos nos hará felices.

—¡Cuánto daría por verle ahora mismo entre nosotros participando de nuestro gozo!—añadió Mauricia.

—Yo tambien deseo verle entre nosotros,—dijo la condesa;—el más ardiente anhelo de mi corazón es aparecer á sus ojos inocente y digna siempre de su amor, presentándole dos hijos llenos de virtudes, llenos de generosidad y de nobleza, que sabrán dulcificar sus amarguras, haciendo dulces y agradables los dias que le resten de vida.

Por él, por conseguir su amor, que veía desvanecerse, consentí en mal hora la horrible farsa que introdujo en mi casa ese hijo postizo y que nos ha sumido despues á todos en la mayor desventura.

—Pero se acabó su imperio: estoy yo aquí para disputársele, despojándole de un nombre y de una posición que no merece,—añadió César.

—Y ante todo, debemos obrar con mucha prudencia,—dijo la condesa;—tú estás comprometido en una causa política, ellos tambien; y aunque aparecen como defensores de Isabel II, son traidores espías comprados por el partido carlista, tienen mucha influencia, mucho dinero

y mucha maldad: con estos elementos pudieran vencer-nos, pudieran envolverte en alguna trama infernal que nos privase de tu apoyo.

Ya sabes lo que Mauricia les escuchó en su secreta conferencia: Pedro, á nombre de su hijo, habrá alcanzado una órden para que entregues á Matilde y te some-tas á sus órdenes con toda tu partida; ya ves que si se presentan, no tienes más remedio que obedecer.

César inclinó la cabeza, quedándose pensativo.

La condesa continuó con exaltacion creciente:

—No hay un minuto que perder; es preciso arrancar á Pedro la carta que me compromete, y despues comu-nicar al conde todo cuanto ocurre para que esté preve-nido, conozca sus intenciones y no se esponga á una lucha, en la cual pudiera perder la vida, porque esas son las intenciones de ellos.

Amalarico llegará tambien con las tropas de la Reina con el encargo de perseguirte: de manera que juega con dos barajas, y será muy difícil que puedas desenredarte de sus tramas.

—Aquí no hay más remedio que la prontitud: partiré esta misma noche; ya os dejo en seguridad: Leon que-dará acompañándoos.

—Eso no, hijo mio; Leon irá contigo: si te ocurre al-guna cosa, si te empeñas en un combate y caes herido, ¿quién no los vendrá á decir?

—Y si quedais solas y pereciéramos los dos por ca-sualidad, ¿quién os sacaría de aquí?

—Nosotras mismas: ¿qué no podríamos subir por esa escala?

—Con mucha dificultad, y á riesgo de perder la vida á la bajada, —dijo César.

—Bien, pues que se quede; pero si mañana á estas horas no has vuelto solo ó acompañado de tu padre, le enviaremos á buscarte, y llevará una carta mia para el

conde, en que le refiero toda la triste historia de mi vida, comunicándole vuestra existencia y la falsedad del que tiene por hijo.

—Eso está muy bien pensado, por si acaso yo no pudiese verle, y aunque le haya hablado ya, confirma mis palabras.

—¡Ea! Pues adios, madre mia; me marcho en seguida,—dijo el jóven levantándose.

—¡Pobre hijo mio!... ¡Cuánto siento tu fatiga!... ¡Acabas de llegar, y sin un instante de descanso vuelves á emprender ese penoso camino!...

—¡La necesidad lo quiere!... Y además, no estoy cansado: la satisfaccion que siento al abrazaros á las tres duplica mis fuerzas, me reanima, convirtiéndome en un sér extraordinario, dispuesto á realizar las empresas más temerarias.

—¡Oh, César mio! ¡Quién no te ha de querer!... ¡Si eres tan bueno y tan generoso!—esclamó Matilde, mirando con ternura á su amante.

Mauricia se habia levantado y le ayudaba á colocarse la peluca y la barba, que le disfrazaban completamente.

—¡Válgame Dios! ¡Cómo desfiguran tu juvenil hermosura esos adefesios!—dijo la condesa.

—Tambien me sirven de utilidad: todos creen al Solitario un hombre viejo y mal encarado, y me conviene dejarles en ese error, porque mañana ú otro dia cuando mis circunstancias particulares me permitan abandonar las filas carlistas, podré aparecer con mi verdadera figura y con mi nombre, sin que el mundo conozca este borrascoso episodio de mi vida.

—Por ejemplo, cuando tu padre te reconozca por su legítimo heredero, nadie podrá imaginarse que el jóven y apuesto primogénito de Guayaquil, ha sido un dia el Solitario, el jefe de facciosos, asombro y terror de estas comarcas.

—Tiene Vd. razon, madre querida,—añadió Cesar;— no es posible que lo adivinen: por eso me resigno á aparecer feo á vuestros ojos, obteniendo para el porvenir, gracias á este disfraz, ventajas más positivas.

—Tu amada no te ha de querer menos por eso;—dijo Mauricia sonriendo.

—¡ Es verdad !—contestó Matilde.—Mi corazon se ha rendido á su imperio, y el corazon no entiende de bellezas ni de disfraces, solo sabe recibir las impresiones generosas del alma y alimentarlas toda su vida.

—¡ Angel mio !—esclamó César mirándola enternecido. ¡ Qué mayor ventura puedo apetecer que poseer tu cariño, el de mi dulce madre y el de mi hermana !...

—¿ No ambicionas más ?—preguntó Mauricia.

—Con vosotras y con mi padre viviria feliz toda mi vida en este tranquilo valle, sin acordarme para nada del mundo ni de sus vanas pompas.

—Solo falta vuestro padre para que sea completa vuestra dicha; corre, pues, hijo mio, corre á buscarle, antes que perezca á manos de esos infames, cuyo único deseo es heredar su título y sus riquezas,—dijo la condesa.

—Por vida mia, no han de salirse con la suya, les declaro una guerra sin tregua; veremos si vence la inocencia ó la maldad; adios, madre querida, adios, Mauricia, Matilde, amadas mias; vosotras que sois unos ángeles, rogad á Dios para que me dé fuerza y fortuna á fin de salir triunfante en esta nueva lid que acometo con su santa ayuda.

—Adios, Patricio; el cielo te auxilie y nos proteja á todos, yo no quiero darte el nombre que la caridad te ha puesto; te llamas Patricio de la Estrella, y así te nombraré siempre, como igualmente á mi Filomena. ¿ A qué continuar prodigándola el odioso nombre de Mauricia que llevaba la hija de esos miserables?

—Sí, madre mia: olvidemos los nombres supuestos para recobrar los legítimos; siquiera nos servirá de consuelo, en tanto llega el día feliz en que podamos usarlos á la faz del mundo,—repuso César, al pié ya del *Pico de las Aguilas*, y dispuesto á poner el pié en la escala.

La condesa le tendió los brazos llorando:

—¡Ay!—esclamó, no sé por qué se me figura que te amenaza algun peligro: ¡triste suerte! apenas te recobro y disfruto un instante el inefable placer de tus caricias, cuando te vuelvo á perder; ¡quién sabe si será para siempre!...

—¡Qué ideas! Deséchelas Vd. por Dios, madre mia, que acabarán por aflijirla y aflijirnos á todos;—dijo Mauricia, llorando tambien, pues á pesar suyo, saltaron las lágrimas de sus ojos al ver que la condesa y Matilde lloraban.

—¡Ea! Un abrazo y adios, por última vez;—dijo con alegre acento el jóven, procurando con su forzada sonrisa disipar la nube de tristeza que se habia formado en el semblante de aquellas tres mujeres que tanto le amaban.

Se abrazaron con viva ternura y desprendiéndose con pena de sus brazos le vieron subir al borde de la roca, desapareciendo por el otro lado despues de un último y espresivo saludo.

Andrea, que por no aflijirse no quiso despedirse de él, estaba rezando arrodillada debajo de un árbol. La condesa la vió, y dirijiéndose á ella, seguida de las dos jóvenes, exclamó arrodillándose á su lado:

—¡Ah, tú lo entiendes mejor!... Valen más para el Señor las santas plegarias de un corazón cristiano, que inútiles lágrimas; recemos, hijas mias, recemos por el conde y por él.

Las cuatro mujeres se postraron en tierra, elevando las manos y los ojos al cielo en actitud de fervorosa súplica.

Flor de Romero permanecía apartada á un lado y las contemplaba con asombro; Leon, acercándose á ella, la dijo:

—Y tú, ¿por qué no rezas tambien?

—¡Rezar! Si no sé; siempre estas diciendo que vas á enseñarme y nunca llega el dia.

—¡Voto al chápiro!... y es verdad; pero la señora Andrea, que es una santa, te enseñará.

La condesa, que habia escuchado estas palabras, se levantó, y dirijiéndose á los jóvenes, les dijo:

—Venid, hijos; sentémonos á la puerta de la cabaña y contadme vuestra historia: así serán menos amargas las crueles horas que nos separan de Patricio.

---

---

## CAPITULO XXXI.

### Pedro Gil y su mujer.

Dejando á las damas en el valle, y á César prosiguiendo su camino, trasladémonos, amados lectores, á Valde Real, y presenciaremos la escena de Pedro Gil y su mujer cuando se encontraron sin la condesa.

Al amanecer sintió Dorotea en las calles de la aldea, ruido de muchas personas, voces y carreras de mujeres que huían gritando: « ¡ahí están, ahí están! »...

Alarmada la sacristana se levantó, y asomándose á la reja, preguntó al ama del cura, que tambien por curiosidad habia salido á la puerta, el motivo de aquel tumulto.

—He oido decir, señora Dorotea, —dijo Leoncia,— que están los facciosos en el olivar, y por eso corren las gentes á esconder sus hijos y sus efectos de algun valor: ya se vé, como han dado en la flor de llevarse las jóvenes: es preciso ocultarlas á la vista de esos desalmados.

—Tiene Vd. razon, señora Leoncia, son unos bribones: mire Vd. ayer, presentarse sin más ni más en el castillo, impedir la boda de la señorita y llevársela, eso ha sido una infamia; pero les ha de costar caro: á buen

seguro que se han de acordar toda su vida; como si no hubiera que hacer otra cosa más que arrebatarse las hijas á sus padres y las esposas á sus maridos.

—Cuide Vd. , señora Dorotea , no hagan lo propio con Mauricia ; aunque Vd. no la quiera mucho , al fin y al cabo sería una lástima , porque la verdad , es una niña muy guapa , y no merece el mal trato de los que pasan por sus padres.

Leoncia , cuyo defecto capital era la charlatanería , estaba rabiando por hablar : el secreto que Mauricia la habia confiado , bullia en sus lábios y no pudo contenerle ni contener su curiosidad , que se imaginaba ver satisfecha con hablar á la sacristana en los términos que hemos visto.

Esta se quedó estupefacta escuchándola ; y sin contestarla una palabra , se quitó de la reja , acabó de vestirse , y saliendo á la calle , se fué derecha hácia el ama del cura , que la esperaba con los brazos cruzados.

—Señora Leoncia ,—la dijo rechinando los dientes de rabia ,—me vá Vd. á esplicar lo que significan sus palabras , porque no las entiendo , ni sé lo que quiere usted decir con ese estudiado retintin.

—¡Cómo se altera Vd. ! Parece que he dicho una cosa del otro mundo , y por cierto , no hallo cosa más natural que prevenir á Vd. tenga cuidado de Mauricia , cuando estamos viendo que los facciosos se llevan las jóvenes.

—Creo haber oido otra cosa.

—Que no la quieren Vds. y que pasan por sus padres sin serlo , ¿ no es eso ?

—Sí , señora ; semejantes suposiciones son las que hacen irritarme : Vd. tiene fama de charlatana ; pero nunca la creí calumniadora , ni embustera.

—Cuidado con la lengua , señora Dorotea : si me insulta Vd. publicaré á voces que pretenden Vds. asesinar á Mauricia , porque no es hija suya , y además diré que

tienen Vds. encerrada en la sala misteriosa á una señora, que quién sabe si será la madre de Mauricia.

—¡Por Dios!... Hable Vd. bajo;—esclamó Dorotea, estremeciéndose al conocer que su secreto estaba descubierto.—Yo la ruego que se calle y no nos pierda por compasion.

—¡Oiga!... Los infames, trapisondistas, ¿y ahora soy calumniadora? Vamos á ver, respóndame Vd., y no ponga esa cara de acelga, que bastante apergaminada la tiene.

—¡Ay! no nos juzgue Vd. culpables; es un secreto que se nos ha encomendado, tenemos que guardar el mayor sigilo, y por eso siento que se divulgue; ¿pero quién se lo ha dicho á Vd.?

—Eso no lo diré; se dice el pecado, y no el pecador.

—Daria cualquier cosa por saberlo.

—Y bien, se lo voy á decir á Vd., —dijo el ama, que no podia callar nada;—¿qué importa si Mauricia está en el castillo protegida por los señores y por el señor cura, y nada pueden Vds. contra ella?

—¿Luego Mauricia se lo ha contado?

—Pues es claro: á mí, al señor cura y á toda la gente del castillo se lo habrá dicho á estas horas.

—¡Virgen del Cármen!—murmuró Dorotea aterrada; —y este hombre sin venir.

—Y vamos, francamente, me vá Vd. á decir quién es esa señora, quién son los padres de Mauricia, ó canto claro de modo que todo el mundo se entere.

—Esta noche se lo diré á Vd., ahora no puedo; tengo que hablar antes con mi marido.

—¿De veras? ¿Me ofrece Vd. descifrar todos esos misterios?

—Sí, señora: la doy mi palabra; pero deme Vd. tambien la suya de no revelar á nadie ese secreto.

—Corriente, pues hasta la noche: voy á ver qué me

quiere el señor cura, que le he sentido llamarme ya hace un ratito.

Leoncia entró en su casa; y Dorotea, al dirigirse á la suya, se encontró frente á frente con su marido que salía de ella.

—¡Somos perdidos!—dijo este cayendo sobre un banco que había á la puerta de la calle.

—¡Y tan perdidos!—esclamó Dorotea.—No nos queda otro remedio que escapar antes que nos prendan, porque el ama del cura está enterada de todo: ella no sabe callar ni lo suyo ni lo ajeno, y no tardará en divulgarlo.

—Esa infame se lo ha contado: ¿luego ha estado aquí esta noche y tú no la has visto? ¡Ya se vé, no piensas sino en dormir! ¡Veremos ahora quién te salva del abismo en que nos hallamos!

—¡Oh, Dios mio! ¡Y he tenido yo culpa? Todo esto ha sido por dejarte la carta en el bolsillo del chaqueton; Mauricia la leyó, y hé aquí las consecuencias.

—Pero en resúmen, ¿has visto á esa infame esta noche?

—¿Yo? No por cierto. ¿Ha estado aquí?

—Es claro; vente á dentro, vente; hablaremos con calma sin que nos oigan.

—¿Sabes que está la partida del Solitario en el olivar?

—Ya se han ido; he venido yo por allí y no los he visto,—dijo Pedro entrando en su casa.

Dorotea le siguió cerrando la puerta.

—Ven por aquí y acabarás de comprender nuestra desdicha,—la dijo el sacristan llevándola de la mano á la sala misteriosa, cuya puerta estaba abierta.

La pobre mujer, atónita, buscó á la condesa con la vista, y no hallándola en todo el cuarto, corrió á la cama, recorrió las colgaduras y la encontró intacta, como si no se hubiera acostado.

—¿Pero qué has hecho? ¿Te la has llevado ya?

MATILDE Ó EL ANGEL DE VALDE-REAL.



Pedro Gil , sentado á la puerta de su casa , hablaba con su mujer acaloradamente.

Imp. de EL SIGLO XIX.



—Oyeme; — dijo el sacristan con una calma sombría, que revelaba su desesperacion y la cólera de que se hallaba poseido.

La tuerta le miraba con espanto.

Él prosiguió con tembloroso acento:

—Anoche, al separarme de Amalarico, fui, cumpliendo sus órdenes, á buscar al general de las tropas carlistas, que afortunadamente encontré más cerca de lo que pensaba. Le presenté los pliegos, le conté lo ocurrido con el Solitario y se sorprendió muchísimo, porque, segun manifestó, no habia él autorizado el robo de la señorita de Valde Real.

Me entregó los documentos que Amalarico pedia, y me vine á escape con la idea de entrar en el castillo y traerme á Mauricia antes de que se apercibieran de mi intento.

Llego, pregunto por ella, y me dicen que se vino anoche. Creí que mi amenaza de por la mañana habria surtido su efecto y se hallaria aquí, por lo cual me vine tranquilo; pero al pasar por la ventana de su cuarto, que cae al campo, ví abierta la reja como si hubieran salido por allí; esto me chocó, y mucho más cuando al entrar, ví que la ventana del patio y la puerta estaban cerradas por dentro.

Vivamente alarmado, descorro el cerrojo, y lanzándome al patio, me dirijo á la sala misteriosa, empujo la puerta; viendo que no cedia, apoyo el hombro, y con un vigoroso empuje, hago saltar el pestillo; recorro la habitacion, y la encuentro como ves, vacía.

—Pero señor, ¿cómo ha sido esto, si yo no he sentido nada?

—Porque solo pensabas en dormir. Ahí tienes, pues, lo que ha hecho la niña: se llevó la llave de la reja, con el silencio de la noche ha venido y se ha llevado á la condesa.

—¿Y qué haremos, Pedro? ¡Esta es una desgracia irreparable!

—¡Colgarnos de un árbol!—gritó enfurecido el sacristán dando paseos á lo largo del aposento.

Su mujer le seguía gimiendo y sin cesar de decir con tono compungido:

—¡Válgame Dios, válgame Dios, qué desgracia! ¿Qué vá á ser de nosotros? ¡Perdidos sin remedio, perdidos!

—Aún queda un recurso;—dijo él parándose enfrente de su mujer.

—¿Y cuál es?

—Uno que pondrá término á estos enredos y llegaremos de una vez al fin que nos hemos propuesto: no hay otro remedio que la muerte del conde; de este modo Amalarico queda como único heredero, y nosotros en su casa conquistaremos el puesto que nos corresponde como á sus padres.

—¡Un asesinato!... ¡Qué horror!...

—Su muerte ó la nuestra; elije.

—La eleccion no es dudosa: si su muerte ha de conservar nuestra vida, muera pues.

—Entonces, jugando el todo por el todo, me voy al castillo, llevo un puñal y un veneno, que son mis auxiliares más poderosos; tú te marchas al campo, situándote en un paraje escondido donde no puedan descubrirte y desde donde veas cuándo viene Amalarico para que le entregues estos papeles y le digas lo que ocurre. ¿Estás enterada?

—Perfectamente; pero ¿y tú, cómo piensas penetrar en el castillo, cuando por Mauricia quizá todos sepan ya nuestro secreto, y hasta el mismo conde estará sobre aviso?

—Muy fácilmente, disfrazándome de sacerdote.

—Es verdad, que este recurso le has empleado ya otras veces para ver á Amalarico.

—¿Tienes guardados los hábitos, la peluca y las gafas?

—Sí, todo está en el arcon; voy á sacarlo en un momento.

Dorotea, con la esperanza de salvacion que se les presentaba, recobró su agilidad y su ordinaria sangre fria, dirijiéndose con paso acelerado á buscar las prendas que debian convertir á su esposo en un falso sacerdote.

Instantes despues volvió con ellas; y ayudándole á vestirse, tuvo la satisfaccion de verle tan perfectamente disfrazado, que no era posible le conociese nadie.

—¡Ea; ya estás! No hay miedo que te descubran si sabes conducirte con discrecion.

—Descuida; me portaré como corresponde: en ello vá nuestra vida y la felicidad de nuestro hijo;—dijo Pedro encaminándose al cuarto de Mauricia, por cuya ventana salió al campo.

Dorotea, huyendo de que la viese el ama del cura, tambien salió por allí: cerraron la reja con llave y se internaron ambos por un sendero que conducia á lo más enmarañado del monte. Cuando se encontraron en la espesura se separaron, tomando cada cual por diferente camino, despues de haberse repetido con minuciosidad los pormenores del horrible plan que intentaban llevar á cabo.

Pedro tomó una senda que iba al castillo, escondiéndose entre un espeso carrascal, desde donde se descubria todo el camino de Madrid y las gentes que por él transitaban.

## CAPITULO XXXII.

### El tigre en acecho.

Cuando Pedro Gil llegó al castillo era cerca de medio día. Imaginábase sin duda que su estratagema debía salirle perfectamente, porque en su rostro, lejos de pintarse la inquietud natural de quien medita un crimen, advertíase una espresion de júbilo envenenada y diabólica.

Su horrible fealdad aparecia medio encubierta por el hábito que le disfrazaba, permaneciendo escondidos sus embedijados cabellos bajo la blanca y venerable peluca; sus ojillos de reptil reflejaban á través de las gafas, y hasta su voz adquirió un timbre apacible y sonoro, muy diferente al áspero tono que le hacía tan antipático.

A fuerza de soñar desde su juventud con alcanzar una posicion brillante, ilusionado con ver á su hijo en la cúspide de la fortuna, habia llegado á embotarse su sensibilidad, que dicho sea de paso, nunca fué muy estremada, familiarizándose con el vicio, con los malos hábitos, y con los pensamientos criminales. Su corazon endurecido por el egoismo, se hizo cruel hasta el punto

de mirar con indiferencia el tormento de sus víctimas y la amargura á que se hallaban condenadas, siendo su único deseo, su más constante afán el esterminio de todas aquellas personas que impedían la realización de sus fines particulares.

Cuando caminaba hácia el castillo, iba pensando en que la base de su fortuna, de su futuro engrandecimiento, estribaba en la muerte del conde, porque su hijo quedaba, como heredero universal, dueño de todas sus riquezas y en posición de perseguir hasta destruirlos por completo á la condesa y á sus hijos.

Animado por esta idea aceleró su paso, sin cuidarse de contemplar ni una sola vez la lujosa vegetación de los campos; era el mes de mayo y se ostentaban en toda su lozanía embelleciendo la campiña con la pompa de su magnífico verdor, con la variedad y hermosura de sus plantas y con el poético tinte de sus flores silvestres, con el aroma embriagador de sus balsámicas y odoríferas yerbas medicinales.

Pedro Gil, siempre hosco y duro, atravesó el sendero que le separaba del castillo, pisando con glacial desden la flor de malva, la manzanilla, y las infinitas plantas que alfombraban los campos, llegando á la puerta de la antigua fortaleza cuando la campana de Valde Real daba el toque de medio día.

El castillo estaba triste, silencioso, únicamente se recojían en su recinto la condesa, madre de Matilde, pobre y débil mujer, sin más instintos ni ambiciones que las de esperar un mañana que siempre la encontraba en el mismo estado de incalificable y dolorosa atonía.

El conde de Guayaquil, enfermo, débil también por sus heridas, que le obligaban á guardar cama, y algunos criados ineptos como lo son todos en general, que de ningún modo podían descubrir al asesino infame que se ocultaba bajo el sagrado manto del sacerdote.

Se presentó pidiendo permiso á la condesa para descansar unos instantes en el castillo, el que sin dificultad le fué otorgado inmediatamente. Él no vió ni pretendió ver á la señora; pero esta supo que era un sacerdote, y mandó fuese conducido á una de las habitaciones de la galería alta.

La casualidad le favorecía, porque el aposento que le destinaron estaba muy próximo al ocupado por el conde de Guayaquil.

Con hipócrita astucia se enteró de cuanto necesitaba saber, trabando con uno de los criados la más familiar conversacion.

No se sabia cuándo llegarían los señores, que acompañados del jóven Hernan, y al frente de un fuerte destacamento debían regresar al castillo, para en seguida emprender la persecucion de la partida que mandaba el Solitario.

Seguro de su proyecto, se instaló en un cómodo sillón, despues de que le sirvieron una escelente comida, proponiéndose aguardar á que las sombras de la noche oscureciesen completamente el hemisferio para penetrar en el aposento del conde.

Hé aquí las reflexiones á que se entregaba.

—En esta casa,—decía,—donde solo hay criados y la señora, que si no es idiota la falta poco, deben acostarse muy temprano, siendo esta circunstancia sumamente útil para mí, que aprovecharé á las mil maravillas su primer sueño. Ante todo, me conviene observar quién entra y sale en el cuarto del conde, lo que puedo lograr con facilidad, dejando la puerta entornada. Él desde luego quedará solo esta noche, pues aunque haya estado enfermo, siempre ha sido enemigo de que los criados duerman á su lado.

¡Ay! Cuántas veces me ha dicho mientras fui su ayuda de cámara: «vete, Pedro, quiero mejor estar

solo , porque me incomoda tu modo de dormir ; es capaz de aburrir á cualquiera ese insoportable ronquido que para condenacion de los amos lanzais todos los criados . »

Estas palabras me las repetia continuamente ; ya se vé , al gran señor le repugnaba mi compañía : no será así esta noche , pues le prometo no dormirme hasta que él descanse en eterno sueño .

Aquí llegaba de sus reflexiones cuando un criado se presentó á decirle que la señora le aguardaba en el salon para tomar café .

A tan atenta invitacion no pudo negarse , y aunque con visible disgusto se levantó y fué .

La condesa estaba en el gran salon que ya conocen nuestros lectores . Los disgustos sufridos en dos dias no habian alterado su semblante , que se conservaba impasible , frio , sin que ni el dolor ni la alegría hiciesen efecto en aquella helada naturaleza .

Pedro Gil la saludó con estremada cortesania : ella , correspondiendo á su atencion , le invitó á tomar asiento cerca de la mesa donde ya estaba preparado el café .

Luego entablaron una conversacion muy amistosa ; él , ensartando mentira sobre mentira , finjiéndose un sacerdote que habia podido escapar de la faccion , donde le tenian prisionero , y se dirijia á Madrid , para cuyo punto debia salir en la madrugada del dia siguiente .

La condesa le creyó de buena fé , sin poner en duda ninguna de sus palabras , y hasta dió orden al portero para que le abriese las puertas del castillo á cualquier hora en que necesitase salir .

Esta fué precisamente su idea ; asegurarse la salida para escapar sin peligro despues de haber asesinado al conde .

La señora de Valde Real no concibió la menor sospecha , si bien es verdad que no tenia motivo para ello , porque conocia muy poco á Pedro Gil , así fué que pasó

más de dos horas en conversacion , despidiéndose de él cuando ya la tarde comenzaba á declinar.

Entonces, el finjido sacerdote se retiró á su cuarto, poniéndose en observacion , acechando ya por la entreabierta puerta , ya por las ventanas , cuanto ocurría en la casa , dispuesto á utilizar el primer momento oportuno que se le presentase de realizar su pérfido proyecto.

En tanto el conde de Guayaquil se levantaba de su lecho para respirar un poco el aire libre, sentándose en un sillón cerca de la ventana , mientras la enfermera que había sustituido á Mauricia le hacía la cama.

La palidez del noble anciano era estremada; su fisonomía, tan simpática de ordinario , reflejaba un tinte de melancólica tristeza, que conmovía hondamente.

Conociase que sufría mucho; empero este grave dolor no le causaban sus heridas, que eran demasiado leves y sin consecuencias agravantes , sino su padecimiento moral , el pesar recóndito y secreto que minaba poco á poco su combatida y azarosa existencia.

Al salir al gabinete dirigió una dulce mirada á los ramilletes de flores, mústios ya y casi marchitos, que con tan solícito afán colocó Mauricia dos días antes en los floreros, adornando con amable solicitud el aposento del hombre á quien miró desde luego con simpático afecto, sintiendo él por ella igual cariño, como si sus corazones hubieran vibrado conmovidos por un mismo resorte.

— ¡ Pobre Mauricia !... ¿ Dónde estará ? ¿ Qué habrá sido de ella ? Su celo por mi felicidad quizá la haya sido perjudicial, — murmuró el conde con emocion.

Desde ayer que se marchó no he vuelto á saber de ella, y sin adivinar la causa siento una inquietud devoradora.

En este momento, un criado anunció al venerable párroco de Valde Real: el conde se apresuró á recibirle,

abrigando la esperanza de que quizá pudiese darle alguna noticia de Mauricia.

Pedro Gil, que no abandonaba su puesto de observacion, le vió pasar y se estremeció, comprendiendo quizá el objeto de su visita. Con un movimiento febril acarició el mango de su puñal, que llevaba oculto en el pecho, y murmuró con siniestra sonrisa:

— ¡Ay! ¡Tú vas á descubrirle mi secreto!.. ¡Quién pudiera clavaros á los dos este agudo hierro en medio del corazon!...

Bramando de coraje, esperó con impaciencia suma la salida del sacerdote, que no tardó en verificarse; no habiendo podido escuchar ni una soña palabra de su conferencia con el conde, porque la puerta permaneció cerrada.

El conde, apenas vió al señor cura, se levantó, estrechando su mano con afectuoso interés, cambiando entre ambos algunas frases de cordialidad y de afecto.

Despues de tomar asiento, el primer cuidado del señor cura, fué preguntar por Mauricia.

— ¡Pues qué, no la ha visto Vd. en la aldea? Se marchó anoche; — dijo el conde alarmado.

— ¿Está Vd. seguro?

— Segurísimo; me dijo que necesitaba pasar la noche en casa de su padre.

— ¡Oh, infeliz!... ¡Quizá haya perecido! — dijo el cura.

— ¿Qué dice Vd.? ¿Por qué abriga ese temor? ¡Ah! Por piedad, esplíqueme Vd. sus palabras, pues he llegado á mirar á esa jóven como si fuera hija mia, y me interesa su suerte.

— Sí, señor; voy á esplicar á Vd. mis sospechas. ¡Ojalá lo hubiera hecho antes, poniendo á esta desventurada jóven bajo su proteccion!

— Ahora comprendo por qué ayer al marcharse me dijo

que arriesgaba su vida, —murmuró el conde pensativo.

—Y tenia razon: óigame Vd., y veremos si tiene algunos datos que puedan ayudarme á esclarecer este enmarañado asunto.

El conde prestó la más viva atencion.

El párroco continuó diciendo:

—Antes de ayer por la mañana se presentó Mauricia en mi casa, y me confesó que por una casualidad habia encontrado una carta dirigida á Pedro Gil, concebida en estos términos:

« Querido Pedro: te aguardo esta noche donde sabes; he creido que nadie mejor que tú puede llevar á cabo la empresa que voy á confiarte.

» En cuanto á Mauricia deshazte de ella cuando quieras; conozco que no ligándote á ella ningun lazo de parentesco ni de cariño, y siendo para todos más bien un objeto de ódio, te será insoportable su presencia. Sobre todo, que no advierta la estancia en tu casa de Efigenia: la exaltacion del carácter de ambas pudiera sernos funesta.

« Adios, tuyo de corazon.—A. »

—Como Vd. vé,—prosiguió diciendo el señor cura,— esta inicial pudiera ser la primera letra de Amalarico: además la carta estaba cerrada con una corona de conde.

—¡ Mi hijo!... ¿ Sospecha Vd. de mi hijo?... Y Efigenia, mi esposa, en casa de Pedro, ¿ qué hace allí? —

—¿ La condesa se llama Efigenia? —

—Sí, señor; y hace unos dias que ha desaparecido de la quinta.

—Pues el sacristan la tenia encerrada en su casa; Mauricia la ha visto, y sin duda, viéndola en poder de esos miserables ha querido salvarla; pero habrán perecido las des.

—¿ Y esta niña que tanto interesa mi corazon no es hija suya? ¡ Oh, y se parece á mi mujer de una manera

admirable! ¿Si tendría razon al decir que se la arrebataron de la cama cambiándosela por otra?

—No hay duda que aquí se encierra un misterio horrible.

—¡Oh! Vamos á casa de Pedro Gil: no importa mi debilidad ni mis heridas, quiero morir mil veces antes que sufrir esta incertidumbre angustiosa.

—Es en vano, señor; Pedro Gil y su mujer han desaparecido de la aldea esta mañana temprano, debido sin duda á que mi ama de llaves les manifestó las sospechas que contra ellos habíamos concebido.

—¿Y no se ha registrado su casa?

—Sí, señor; cuando noté su desaparicion dí parte á la autoridad, se abrió la puerta, penetramos, y con la idea de salvar á la desgraciada señora que tenian encerrada en la sala del patio me dirijí á ella; pero nos encontramos la casa desierta. Yo creí que Mauricia estaria en el castillo y he venido á buscarla, al mismo tiempo que á manifestar á Vd. todo esto, para que interroge á su hijo; puesto que él protege á Pedro Gil y me le ha recomendado con insistencia, debe saber sus secretos.

El conde cayó en un abatimiento profundo: mil y mil encontradas reflexiones bullian en su mente, recordaba todos los sucesos de su vida, la incalificable locura de su mujer; sus palabras y acciones, las de Amalarico y de Mauricia, confundiéndose en un mar de dudas, sin poder esclarecer ninguna.

—¿Y qué haremos?—dijo el cura.

—Nada: esperar llenos de dolor y de agonía. Esta noche ó mañana temprano deben llegar aquí con tropas Amalarico y el conde: se les avisa para que aceleren su marcha, y en tanto se mandarán hombres para que busquen á Pedro por estos alrededores.

—Está tomada ya esa medida.

—No podemos hacer otra cosa.

—Entonces volveré mañana temprano; adios, señor conde: siento haber causado á Vd. un disgusto; pero era indispensable: mi deber lo exijia.

—Únicamente debemos sentir que haya sido demasiado tarde.

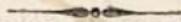
—Es verdad: ayer se hubiera evitado una lamentable catástrofe.

El venerable párroco se despidió, saliendo del castillo cuando ya era completamente de noche.

Pedro le vió desde su ventana atravesar el jardín y sonrió con júbilo, viendo que su víctima quedaba sola.

Sin embargo, aun pasó tres ó cuatro horas lleno de ansiedad y de cruel impaciencia, hasta que en el reloj del castillo sonaron las doce, horade silenciosa calma, propia para el criminal que ejecuta sus infames proyectos á favor de la oscuridad y el misterio.

Cuando se hubo asegurado de que estaba solo el conde en aquella galería, y de que aunque este gritase no podían oírle por hallarse demasiado lejos las habitaciones de la condesa y de su servidumbre, se dirigió con silencioso paso al aposento, alzó el picaporte, entró en la primera pieza, atravesó la segunda, y se encontró frente á frente con el conde, que salía de la alcoba.



En estas circunstancias pasó las primeras horas de la noche, hasta que en el reloj del castillo sonaron las doce: entonces se levantó, y no pudiendo dormir á causa de su devoradora inquietud, salió de la alcoba con ánimo de pasar en el gabinete, que estaba mes sucio. En este momento se encontró con Pedro Gil; no reconociéndole á causa de la semi-oscuridad que reinaba en el aposento, alabundó solamente por una lampara de noche.

### CAPITULO XXXIII.

— Hay alguna noticia? Se ha encontrado á la condesa?

— Con quién se encuentra señor conde? dijo Pedro Gil, avanzando dos pasos y obligándole á entrar en la alcoba.

El de Guayaquil, á pesar de su debilidad, de su cansancio y de sus heridas, que habian empeorado, no pudo entregarse al descanso tan necesario, porque su espíritu estaba sosteniendo una lucha penosísima, y sin el descanso moral, no es posible conseguir el físico. Así fué que, tan luego como quedó solo, se apresuró á despedir á los criados, no queriendo que nadie presenciase su inquietud y su sobresalto, y se entregó en la soledad de su aposento á las más amargas reflexiones.

Recordó toda su vida, ofreciéndose á su imaginacion, uno por uno, los incidentes que más le habian afectado y que más contribuyeron á su desgracia.

La posibilidad de que su mujer fuera inocente y de que se hallase envuelta en alguna trama horrible, hacíanle mirar los acontecimientos pasados con más benignidad; su culpa disminuía, y las sospechas que contra ella concibiera, eran menos graves. Ya compadecía su dolor, sus inmensos infortunios de tantos años, comprendiendo que su corazon, hondamente conmovido, aún podría amarla si resultase inocente.

En estas cavilaciones pasó las primeras horas de la noche, hasta que en el reloj del castillo sonaron las doce: entonces se levantó; y no pudiendo dormir á causa de su devoradora inquietud, salió de la alcoba con ánimo de pasear en el gabinete, que estaba más ancho. En este momento se encontró con Pedro Gil, no reconociéndole á causa de la semi-oscuridad que reinaba en el aposento, alumbrado solamente por una lámpara de noche.

El conde, al ver un sacerdote, creyó al pronto sería el cura de Valde Real, y se apresuró á decirle:

—¿Hay alguna noticia? ¿Se ha encontrado á la condesa?

—¿Con quién se figura Vd. que habla, señor conde?— dijo Pedro Gil, avanzando dos pasos y obligándole á entrar en la alcoba.

Esta vez el sacristan se olvidó ó no quiso disfrazar su voz, resonando su acento, demasiado conocido, en los oídos del conde.

Éste, por un movimiento rápido, se acercó á la mesa de noche, y tomando una vela que ardía en un candelero de plata, la puso á la altura del rostro de Pedro á fin de reconocerle; pero no lo consiguió por el hábito, la peluca y las gafas, que le disfrazaban perfectamente.

—Y bien, ¿qué ha sacado Vd. de su exámen?— dijo el sacristan con imperturbable sangre fría.

—Aumentar mis dudas; porque su voz de Vd. me es muy conocida, y su figura no puedo recordar dónde la he visto; pero sea Vd. quien quiera, tenga la bondad de sentarse, diciéndome el objeto de su visita.

—El objeto de mi visita es clavar este puñal en su corazón,— dijo Pedro alzando su diestra armada de un agudísimo hierro sobre la cabeza del conde.

La rapidez del movimiento y lo impensado de la acción, impidieron la defensa en el noble anciano, que sobrecojido, trémulo, se quedó mirando á su asesino sin

pronunciar una palabra y esperando el golpe mortal que debía acabar con su vida.

Empero si rápida fué la accion del sacristan, más rápido aun fué el terrible salto que desde el gabinete á la alcoba dió un hombre, precipitándose sobre Pedro Gil y arrancándole el puñal cuando ya rozaba el pecho del indefenso anciano.

Pedro se revolvió como un tigre herido sobre el hombre que le impidiera consumir su crimen; pero éste le sujetaba del brazo, oprimiéndole con una fuerza vigorosa, y le miraba con ojos chispeantes de indignacion y de cólera.

El conde, apenas se vió libre, se dirigió á su generoso libertador, y le dijo con la espresion del más vivo agradecimiento:

—Mil gracias, caballero; ¡me ha salvado Vd. la vida! Voy á llamar para que los criados del castillo entreguen á este miserable en poder de la justicia, y despues hablaremos, porque el oportuno socorro que Vd. me ha concedido, hará le mire siempre como á una persona de mi familia.

—Deténgase Vd., caballero,—dijo el desconocido;—bastamos nosotros para sujetarle: ya le tengo los brazos; ayúdeme Vd. á tenderle sobre la cama; le ataremos con fuerza á ver si se mueve.

Efectivamente; á pesar de los desesperados esfuerzos que hacía por defende rse, le ataron á la cama con una cuerda que el desconocido llevaba, donde quedó sentado, mientras que sus ojos lanzaban llamas de furor, y sus pálidos lábios una espuma sanguinolenta, mezclada con imprecaciones y horribles denuestos.

—¿Pero quién eres tú, quién eres?—decia con un acento enronquecido y trémulo por la ira.

—¿Quieres saber mi nombre? ¡Oh! ¡No me conoces?

— ¡Calla! ¡Déjame que te mire! ¡Así; vuélvete hácia la luz!

El desconocido obedeció.

Pedro y el conde le miraban sin acabar de reconocerle.

— A ver si ahora me conoceis, — dijo quitándose el sombrero de fieltro que llevaba puesto y colocando en su lugar una boina blanca con borla de oro y las iniciales C. V. bordadas también con hilillo de oro.

— ¡Tú eres el Solitario! — exclamó Pedro con ira.

— ¡El Solitario! — murmuró el conde mirándole con una mezcla de admiración, de repugnancia y de cariño imposible de explicar.

— Sí, soy el Solitario; y tú, si no me equivoco, asesino infame, debes ser Amalarico, que te has disfrazado con ese hábito por asesinar al conde.

— ¡Mi hijo! ¡Matarme mi hijo! ¡Por Dios que semejante acusación es horrible! — exclamó el conde.

— No vuelva Vd. á pronunciar esa palabra; Amalarico es hijo de Pedro Gil el sacristán: los hijos de Vd. son más nobles, más generosos que ese miserable á quien abriga Vd. en su casa y que hoy quiere quitarle la vida para heredar su título antes que pueda Vd. reconocer á sus legítimos herederos.

— ¿Con que viven mis hijos?

— Sí, señor, un muchacho como un roble, capaz de aplastar con el dedo á este reptil, y una niña como una perla.

— Dígame Vd., ¿y esa niña?...

— Es Mauricia, la que el sacristán ha hecho pasar por hija suya.

— ¡Bien me lo decía el corazón!

— ¡Tanto serán hijos suyos como Amalarico! La conducta de la condesa siempre fué sospechosa; — dijo Pedro rechinando los dientes con un castañeteo convulsivo.

— ¡Mientes! — gritó enfurecido el Solitario, arrancando con ira la peluca, las gafas y la sotana que ocultaba al sacristan.

— ¡Pedro! ¿Eres tú? ¿Y es posible que quisieras asesinar-me? — exclamó el conde con dolorosa sorpresa.

— Sí, señor; yo, que voy....

— ¡Silencio! — dijo el Solitario impidiéndole hablar, temiendo que sacase á cuento la famosa carta y que con alguna nueva calumnia volviese á introducir las dudas en el corazón del conde.

— ¡Quiero hablar! ¡Lo diré todo!

El Solitario se arrojó sobre Pedro, ató un pañuelo á su boca, aseguró las ligaduras que le sujetaban á la cama, y volviéndose hácia el conde, le dijo con un acento lleno de ternura:

— He entrado en este castillo á beneficio de una llave que conservaba de la puertecilla del jardín; pero ya no puedo detenerme ni un momento: estoy solo; las tropas de Isabel II, que á marchas forzadas se dirijen hácia aquí, no tardarán en perseguirme; y como Vd. conoce, pelagra mi libertad y mi vida. Ahora, si Vd. conserva algun agradecimiento á su libertador, yo le rogaria que me siguiese, y le llevaré á los brazos de su esposa y de sus hijos, que todos son inocentes.

— ¡Oh! Sí, sí; al punto deseo verlos: deseo descifrar este horrible enigma que me vuelve loco.

— ¿Pero se halla Vd. con fuerzas para emprender una larga caminata?

— No tengo muchas; mas no importa: partamos; pediré á Dios auxilio, y espero que me le conceda.

— De todos modos, aquí están mis brazos que le servirán de apoyo. Vamos, pues, que no podemos perder ni un solo minuto.

El Solitario dijo á Pedro en ademán de despedida:

— ¡Adios! Pronto nos veremos; tengo que ajustar con-

tigo y con tu hijo una cuenta muy estrecha; y no te mato ahora mismo como merecias, porque no soy asesino como tú, y porque así acabarias de penar, y es preciso que sufras el castigo á que te has hecho acreedor por tus crímenes.

Dicho esto, salieron del aposento, siguiéndoles la iracunda mirada del asesino, que no pudiendo contestar, les devoraba con la vista.

Las emociones sufridas por el conde habian sido demasiado violentas para que no se resintiese en el estado de debilidad en que se hallaba; sin embargo, su deseo y su ansiedad le dieron fuerzas para seguir al Solitario, que sin titubear, como si la casa le fuera muy conocida, atravesó los aposentos más retirados, entrando en una sala baja y saltando por una ventana al jardín.

Con silencioso paso siguieron por una calle de rosales, cuyo límite tocaba casi con la puerta falsa. César abrió, salieron, y cerrando por fuera, se internaron por una senda que atravesaba el olivar cercano al castillo.

Al pié de un olivo estaba un hombre teniendo del diestro á dos magníficos caballos que piafaban de impaciencia.

—¿Qué hay?—le dijo César, preparando uno de los caballos para que montase el conde.—Me parece haber oido tu silbato.

—Avisé á Vd., porque yo á mi vez he oido la señal de alarma, que en el monte vecino ha dado uno de los nuestros.

—¿Y qué podrá ser?

—¡Quizá por causa mia corra Vd. algun peligro!—dijo el conde, montando ayudado por César que le servia de escudero.

—¡Escuchemos!... Vuelve á sentirse otra vez,—dijo el faccioso.

Los tres hombres callaron.

A lo lejos se sintió el eco agudo de un clarín con un sonido particular, convenido ya sin duda entre ellos; pues á poco, otro clarín más cercano repitió la misma señal, y continuaron repitiéndose de trecho en trecho como una voz de alarma.

—Tenemos encima las tropas de Isabel II,—murmuró el Solitario, aplicando á sus lábios un pito de plata, al que hizo producir dos veces un prolongado silbido.

—¡Mi capitán!... ¡Qué hace Vd.? ¡Si no podemos ya evitar el ataque, y los nuestros están sedientos de sangre y de pelea!

—Doy la órden de retirada, porque conviene á mi plan que nos sigan; vamos á los montes, y cuando crean que huimos, les haremos frente, reforzados por las tropas que allí tenemos de refresco.

El faccioso, que era el segundo jefe, calló; no teniendo nada que oponer á las razones del Solitario.

Instantes despues, cabalgaban los tres con direccion á los montes, sintiendo de vez en cuando los toques del clarín que les anunciaba eran perseguidos por las tropas de Isabel II, y no por un pequeño destacamento, sino por un ejército numeroso.

## CAPITULO XXXIV.

### Amor de hijo.

El conde se dejaba llevar sin resistencia alguna; una atracción magnética le detenía cerca del Solitario, y siguiendo los irresistibles impulsos de su alma, continuaba á su lado sin pensar en si hacía mal ó bien. Sosteníale una fuerza superior, un impulso poderoso, que sin dar lugar á la reflexión le decía «adelante» y adelante iba sin mirar atrás.

Cuando llevaban algunas horas de camino, y al irse ya á internar en la fragosidad de los montes, escucharon más repetidas y más alarmantes las señales de los facciosos; sintiendo también delante de ellos el toque de los clarines, y muy especialmente hácia el *Pico de las Águilas*.

—Creo que estamos vendidos, —dijo César, — y me parece que nos van á cortar la retirada.

—¡Tal me figuro, mi capitán! —repuso el teniente.

El día comenzaba á clarear, iluminando las crestas de los montes con una luz blanquecina.

El terreno por aquel sitio era agreste, montuoso; tenían que atravesar impracticables senderos, erizados

de peñascos por ambos lados, no pudiendo seguir los tres caballos de frente, sino uno á uno.

Una vez que le tocó al conde pasar adelante, volvió la vista hácia el Solitario, y alargándole una mano exclamó con voz débil:

—Sosténgame Vd., amigo mio; no puedo más.

En efecto, sin el pronto auxilio de César y de su compañero, hubiera caido al suelo, porque en seguida que le cojieron en sus brazos perdió el sentido.

Su escesiva debilidad y los esfuerzos que hizo para continuar caminando, le perdieron; perdiendo tambien al gallardo cabecilla que le habia salvado la vida; porque este suceso le impedia continuar su marcha, teniendo necesidad de hacer alto en un punto donde si las tropas de la Reina se presentaban les era imposible la defensa. Estaban entre peñascos, al pié de una montaña, teniendo á sus piés un precipicio formado por una hondísima cortadura, en cuyo centro corria un arroyo á la sazón bastante caudaloso, pues llegaba reforzado con las aguas de otros ríos que habian salido de su cauce, á causa de las continuas lluvias que inundaron el país poco antes de estos sucesos.

La senda que seguian era muy estrecha, imposibilitándoles el volver atrás, y teniendo por necesidad que seguir adelante por más que al límite de su camino hallasen un peligro todavía mayor que el que presentaba el terreno.

César vió á lo lejos la boina encarnada de un faccioso que agitaba sobre su cabeza una bandera en señal de un peligro inminente y cercano.

Aquel lienzo le mandaba volver atrás; pero era imposible sin abandonar al anciano conde, que yacía en sus brazos inanimado y pálido como la muerte.

César permaneció un instante anonadado, sin saber qué partido tomar; mas como era un jóven resuelto y do-

tado de un gran corazón, no tardó mucho en decidirse.

—¿Qué hacemos, mi capitán?—dijo el teniente que era un bravo jóven, acostumbrado á las balas y sin que jamás temblase ante el peligro;—las tropas de la reina deben estar escondidas detrás de esa montaña, y al concluir este sendero nos encontraremos sin más defensa que nuestros pechos, frente á frente de las mortíferas bocas de sus fusiles, que arrojarán metralla sin compasión ni tregua.

—Lo comprendo, amigo mío; pero volver atrás es imposible, á no ser que abandonemos los caballos, y con ellos á este noble anciano, trepando de roca en roca hasta la cima de la montaña.

—No tenemos otro recurso.

—Pues acéptale tú; sube, desde lo alto dominarás el terreno, descubriendo si el número de tropas que nos persiguen es grande, y en este caso puedes hacer la señal para que los nuestros se nos reúnan, emprendiendo la batalla inmediatamente.

—Y Vd. en tanto, ¿qué hará?

—Yo sigo llevando á este anciano en mis brazos hasta el *Pico de las Águilas*, y cuando le haya dejado, en seguida volveré á reunirme con vosotros.

—Esa generosidad puede costar á Vd. cara.

—¿Y qué importa? La vida de este hombre me interesa tanto como la mía: sigue, pues, mis órdenes, y si perezo, tú me sustituirás muy dignamente.

El jóven, conmovido, apretó en silencio la mano que su jefe le tendía, y echando pié á tierra se dispuso á trepar por el escabroso risco que tenían á su derecha.

—Nosotros salvaremos á Vd., aunque sea á costa de nuestra propia vida,—esclamó el leal jóven, mientras efectuaba su difícil ascension.

César en tanto, habia colocado al conde sobre el arzon delantero de su silla, le rodeó con sus brazos apo-

yando sobre su pecho aquella venerable cabeza, y clavando las espuelas en los hijares del generoso bruto, emprendió de este modo su arriesgada marcha, orgulloso por el peligro que arrostraba y derramando lágrimas de ternura al estrechar contra su corazón al noble anciano que le había dado el sér.

— ¡ Ah , padre mio ! — exclamaba el jóven, procurando hacerle recobrar el sentido á fuerza de besos y de caricias ; — no quisiera morir sin haber escuchado de tus lábios el dulce nombre de hijo.

Estas palabras, allá como entre sueños, debió escucharlas el conde, porque se estremeció vivamente al sonido de aquella voz tan sonora y tan simpática que le halagaba cual si escuchase una melodía divina.

Abrió los ojos, miró en torno suyo, y comprendiendo su situación exclamó lleno de asombro:

— ¡ Cuánto arriesga Vd. por mí ! ...

— Lo que yo siento es el peligro que Vd. corre, y solo anhelo su salvacion, — dijo César sin apartar del conde sus ojos impregnados de amor y de lágrimas.

— ¿ Estamos solos ? ¿ No nos escucha nadie ?

— No señor : mi compañero ha marchado ; puede usted hablar sin temor.

— ¡ Ah ! Me alegro ; durante las interminables horas de esta penosa marcha he guardado silencio, porque teníamos un testigo ; ahora estamos solos y le ruego satisfaga mi ansiedad diciéndome dónde están mi esposa, mis hijos, y quién es Vd. que tan enterado se halla de los secretos de mi casa.

— Mi nombre ya le sabe Vd. ; soy el Solitario.

— Sí ; pero bajo ese nombre se ocultará otro, como se oculta bajo la zamarra del faccioso un corazón generoso y grande.

— Hoy no tengo otro nombre, pues he jurado no usar el que la caridad me puso al recojerme en la calle como

un espósito abandonado, hasta que mi padre, desvanecidos los errores que le ofuscan, me reconozca, devolviéndome el que me dió en la cuna.

—¿Y quién es su padre de Vd.?—dijo el conde estremeciéndose, sin poder contener los latidos de su corazón y embriagado por la fascinadora y ardiente mirada de su hijo.

—Mi padre es un hombre muy noble, muy caballero, que se estremece en mi seno.

—¡Yo!—esclamó con un movimiento que le hubiera hecho caer del caballo sin la vigorosa fuerza del jóven, que le sostenia.—¡Yo... tu padre... tú... tú mi hijo... eres tú Patricio!... ¡El ángel que me robaron en la cuna y que hasta hoy he llorado perdido!

—¡Sí, padre mio... yo soy Patricio!...

—¡Hijo de mi alma!—esclamó el conde.

Aquellos dos hombres tan vigorosos, tan fuertes, que no temblaban ante las balas ni se estremecían al cruzar impávidos por encima de un precipicio, se abrazaron fuertemente llorando como dos criaturas.

Los dulcísimos nombres de *hijo mio*, *padre mio*, brotaban de sus lábios entremezclados con los sollozos, latiendo acordes sus corazones agitados por un mismo impulso, y devorados por idéntico sentimiento.

Ni á uno ni á otro se les ocurrió dudar que fuese verdadero aquel lazo: ¿ni cómo dudarían si le sentían en su alma que se habia identificado por una simpatía irresistible, por una magnética y poderosa atracción?

Sin embargo, cuando pasadas las primeras emociones, dieron lugar á la reflexión, el conde miró á César, se fijó en las hebras de plata que sembraban su cabellera y exclamó:

—¡Pero tú eres muy viejo, hijo mio!... ¡Acaso la desventura ha hecho encanecer tu cabello!

—Es que voy disfrazado,—dijo César deteniendo su

caballo para quitarse la barba postiza y la peluca.

—Hijo querido: ¡ahora sí que te reconozco... porque te pareces á tu madre!—esclamó el conde, tomando entre sus manos la juvenil cabeza de su hijo, y besándole en la frente con los más vivos trasportes de ternura.

El jóven, temeroso de que alguien pudiera descubrir su disfraz, volvió á ponerse aceleradamente la peluca y la barba.

—¿Y quién te obliga á ocultar tu juvenil hermosura?—le dijo el conde.

—Me obligan mis ideas: yo soy faccioso por necesidad, no por gusto; si me acoji á esta bandera, fué porque arrojado de la casa que me habia servido de abrigo desde mi niñez, y no encontrándome con los conocimientos necesarios para seguir una carrera que me proporcionase un cómodo bienestar, no tuve más remedio que seguir la primera que se ofreció á mi vista por azarosa y arriesgada que fuese.

—¡Pobre hijo mio! ¡Cuánto has debido sufrir!... ¡En tanto que yo te amaba con todo mi corazon y hubiera dado mi existencia por salvar la tuya!

—¿Y me ama Vd. hoy del mismo modo?

—¿Lo dudas? ¿No te lo dicen bien claro mis lágrimas y mi emocion.

—¡Ah! Sí señor: esas palabras y la ternura de usted me compensan suficientemente de todos mis tormentos pasados. ¡Qué importa ya morir!... Despues de haber escuchado las dulcísimas caricias de un padre, que halagan el corazon y los sentidos, debe ser grata la muerte.

—¿Y por qué hablas así? ¿Te amenaza algun peligro?

—Uno muy grande: las tropas de la Reina me persiguen: este monte está inundado de soldados, y acaso no tarde mucho tiempo en estar en su poder.

—Yo te salvaré; diré que eres mi hijo...

—Precisamente es lo que deseo evitar; no quiero que

nunca se diga que el hijo del conde de Guayaquil estuvo en las filas carlistas: eso sería un borron para su buen nombre, que á todo trance debemos evitar.

—¿Y qué haremos? ¡Yo no puedo dejarte perecer!

—Estoy salvado con que Vd. cobre ánimo, con que se fortalezca y siga mis indicaciones.

—Haré cuánto me digas.

—Bien, pues escúcheme Vd.

César echando pié á tierra dejó al conde solo en el caballo y continuó diciendo:

—Detrás de aquella elevada roca que se alza enfrente de nosotros hay un valle escondido entre montañas, que nadie si no yo conoce; porque para subir á él es preciso trepar á lo alto de ese risco que se llama el *Pico de las Aguilas*.

—¿Pero la ascension será muy peligrosa?

—Vd. llegará allí, y tocando tres veces este pito arrojarán desde el otro lado una escala de cuerdas: con su ayuda puede Vd. subir y se encontrará en los brazos de mi madre, de mi hermana y de Matilde.

César entregó á su padre el pito de plata que le servía para dar órdenes y reunir á sus facciosos: era el último sacrificio que podia hacer en su obsequio.

—¿Y marchándome yo podrás salvarte?

—Sí, porque me reuniré á los míos, y puesto al frente de ellos, me defenderé de las tropas de la Reina; pero no emprendo ninguna lucha hasta que Vd. se halle en seguridad.

—¿Y si te prenden?

—No lo crea Vd.: mis facciosos son leones; ellos me defenderán, y además, si me viera perdido, y en la necesidad de huir, iria al valle ignorado buscando refugio en los brazos de Vds., permaneciendo allí hasta arreglar nuestros asuntos.

—Bastante lo deseo; ¿pero me dejarás sin aclarar

estos misterios? ¿Sin conocer á fondo ese tenebroso secreto?

—En dos palabras satisfaceré su curiosidad: mi madre, que es una santa, le dará cuantos detalles anhele, limitándome por la premura de tiempo á manifestar á usted que Amalarico es hijo de Pedro Gil y de Dorotea su mujer: viéndose mi madre sin sucesion y abandonada por esta causa de su marido, finjió un falso parto, adoptando como suyo al hijo de Pedro.

Llegó Vd. loco de alegría por tan fausta nueva, y la fatalidad hizo que poco despues naciera yo; robándome Pedro de la cuna temeroso de que la condesa, por amor á mí, revelase el secreto.

—¡No me digas más; ya lo comprendo todo!

—¡Ni podria tampoco!... ¡Adios, padre mio; corra Vd. á buscar á mi madre: no puedo detenerme aqui ni un momento, porque las señales de alarma se repiten entre los facciosos y siento el silbato de mi compañero que me llama en su auxilio, adios!

César comenzó á trepar por la riscosa montaña; ya en lo más escarpado de ella gritó á su padre que le miraba subir con dolorosa tristeza:

—Sálvese Vd. y repare sus fuerzas; en mi caballo encontrará fiambres y vino, y si antes de llegar al *Pico de las Aguilas* hallase algunos facciosos, enseñándoles ese pito de plata que tiene mi nombre le respetarán y prestarán auxilio en caso necesario.

—¡Adios, hijo mio; no temas por mí!

César, haciendo un último saludo desapareció tras de la roca; el conde, pálido y abatido, continuó su camino hasta llegar debajo del risco que ocultaba á las miradas del mundo el solitario valle.

Allí se encontró un destacamento de tropas cristinas, cuyo jefe le reconoció en seguida por ser un antiguo amigo, debiendo á esto su salvacion.

Apenas se halló entre los soldados de la Reina, comprendió el peligro que habria corrido su hijo, si por acompañarle avanza unos pasos más. Una viva alegría inundó su alma y proponiéndose desorientarlos para que dejasen libres aquellos alrededores les manifestó acababa de ver al Solitario en un sitio distante de allí más de una legua, habiendo tenido que hablarle por necesidad, puesto que su objeto al ir á los montes habia sido ofrecerle una fuerte suma si entregaba inmediatamente á la señorita de Valde Real.

—¿Y qué ha contestado?—le preguntó con impaciencia el capitán de las tropas.

—Que esta misma noche irá al castillo á recojer el dinero y á llevar á la señorita.

—Entonces, vámonos á Valde Real; permaneceremos escondidos en sus alrededores y sin duda alguna conseguiremos hacerle prisionero; ¿quiere Vd. venirse con nosotros, señor conde?

—No puede ser, porque voy á Toledo, donde tengo que recojer algunas cantidades que me hacen falta para el rescate.

—Estos sitios son muy peligrosos, porque están inundados de bandidos.

—No importa, llevo un salvo conducto del Solitario;—dijo el conde mirando con placer los preparativos de las tropas que se ponian en marcha.

Poco despues tuvo la satisfaccion de hallarse solo, pudiendo ya sin inconveniente hacer resonar por tres veces el pito, advirtiendo á poco lleno de alegría, que una escala de cuerda apareció en lo alto del *Pico de las Aguilas*.

---

---

## CAPITULO XXXV.

### Historia de Flor de Romero.

Tenemos que retroceder, lectores míos. Para el buen orden de estos sucesos es necesario dejar unos personajes para hablar de otros. Os ruego, pues, recordéis el final del capítulo XXX, cuando la condesa, triste por la partida de su hijo, quiso distraer las amargas horas de ausencia, oyendo la historia de Flor de Romero.

Animados por esta idea todos, aunque melancólicos y cabizbajos, fueron á sentarse á la puerta de la gruta. Efigenia se colocó en una silla bajita, construida de tosca madera por Leon, para el uso particular de su amada. Mauricia y Matilde, sentadas en el suelo sobre la fresca yerba, rodearon á la condesa, que las miraba con indecible ternura acariciando continuamente los sedosos rizos de sus cabelleras.

Leon permaneció en pié apoyado en el tronco de una corpulenta encina que prestaba sombra á la cabaña.

Andrea y Flor de Romero estaban tambien en pié cerca de Leon, aguardando las órdenes de sus señoras.

—¡Ea! Sentáos, y cuéntanos, Leon, la historia de esta pobre niña;—dijo la condesa.

—Con mucho gusto; pero permítame la señora que continúe así: estoy perfectamente;—contestó Leon.

—Pues yo, con el permiso de la señora, quisiera hacer una observacion;—dijo Andrea.

—Vamos á ver cuál es: en gracia de tu edad y del cariño que profesas á mis hijos, te concedo ámplia libertad para hacer lo que gustes;—repuso la condesa.

—¿Sí? ¡Pues entonces no lo digo y lo hago; ya que se me conceden facultades para ello!—esclamó riendo la buena nodriza.

—¡Qué cosas tienes, mujer! No te se figure que á mamá la vas á tratar como á mí;—dijo Matilde complaciéndose en dar á la condesa el dulce nombre de madre que tanto la agradaba, por la misma razon de haber estado sin pronunciarlo tantos años.

—¿Y qué más dá? Todo cuanto hago es dictado por mi cariño, si algo encuentran de reprehensible en mi conducta que me lo digan; ¡ea! vente conmigo, Flor de Romero;—y diciendo y haciendo se entró la nodriza seguida de la jóven en la cabaña.

Poco despues salió con una mesita pequeña que puso delante de las señoras, en tanto que Flor de Romero, provista de un gran jarro, se fué á estraer la fresca y sabrosa leche de las cabras.

—¡Hola! ¿Era esto lo que querias hacer?—dijo la condesa.

—Sí, señora; estarán Vds. sin tomar nada desde hace muchas horas, y no las vendrá mal un vaso de leche calentita, recién ordeñada por esas manos tan blancas y tan limpias como el líquido que estraen.

—Y que tienes razon, mujer; te doy las gracias, y acepto el refrigerio, sin embargo de que no tengo ganas de tomar nada, siquiera por adquirir fuerzas para luchar con ese hombre infame que me ha robado la dicha.

—Así estaremos más fuertes, por si nos es preciso abandonar este valle;—añadió Mauricia.

—¿Y qué otra cosa nos tienes preparada?—preguntó Matilde.

—Nueces, frutas secas y galleta; son las únicas provisiones que aquí tienen: mañana, con huevos y leche, haré un plato de dulce, encargándome de la cocina, que aunque con pocos elementos no saldrá del todo mal.

—¡Como que eres una excelente cocinera!—añadió Matilde.

Flor de Romero llegó con el jarro colmado de espumosa leche, sirviendo ella misma un vaso á cada una de las señoras: no espontáneamente sino obedeciendo á un signo de Leon.

La tímida y graciosa jóven, viva personificación de la modestia y el pudor, tenia siempre los ojos bajos, fijándolos solo en su amante, cuyas indicaciones seguia con la precision de un autómatá movido por resortes.

Terminado el refrigerio, que fué breve, porque las señoras se contentaron con el vaso de leche, Andrea se llevó la mesa, volviendo á poco con Flor de Romero, sentándose ambas al pié de la encina en que se apoyaba el bizarro faccioso.

—¡Ea! Ya puede Vd. empezar: el auditorio le escucha con atencion;—dijo la condesa.

—Con sumo placer voy á relatar la sencilla historia de mi vida y la de mi mujer, puesto que ambas están ligadas.

—¡Su mujer!... ¿Están Vds. casados?—preguntó Mauricia.

—Puede decirse que sí: por lo menos el lazo que une nuestras almas es tan indisoluble como los que forma la iglesia: quizá más, porque la base de nuestro amor data desde la infancia, y se funda en un sentimiento único, esclusivo, que absorbe nuestros corazones en una simpa-

tía poderosa, en un cariño profundo, sin límites, ardentísimo é indestructible, porque tiene su raíz en el alma. Este consorcio, señoras, aunque no está todavía autorizado por la iglesia, es santo, puro y digno del mayor respeto. Yo idolatro á mi mujer; salgo por esos mundos y ninguna me parece tan hermosa, tan inocente ni tan apasionada; entonces la juro en el fondo de mi alma una fidelidad á toda prueba, que no puedo menos de realizar.

—Pero ese amor debe ser sancionado por la iglesia y las bendiciones del cielo caerán sobre su cabeza: es preciso que Vds. se casen: yo les prometo ser su madrina el día que mi dicha y la de mis hijos esté asegurada;—dijo la condesa.

—Mil gracias, señora; lo acepto con reconocimiento,—dijo Leon, sin querer oponerse, por más que pensase de diferente manera.

—¿Y cuántos años hace que están Vds. aquí?—preguntó Matilde.

—Daré á Vds. cuenta de todo empezando por mí. Yo nací puede decirse en estos montes, si bien recibí el agua bautismal en Toledo. Mi padre era leñador, y los padres de Flor de Romero, ocupados en el mismo oficio que el mio, habitaban tambien en los montes.

Ambas familias construyeron su vivienda inmediata la una de la otra, y se auxiliaban mutuamente, dedicándose, además de su oficio que apenas les producía para atender á sus necesidades, á guardar un pequeño rebaño de cabras y ovejas, cuya leche iban las mujeres todas las mañanas á vender en los pueblos circunvecinos, ayudando así á sus maridos, que á su vez cortaban leña y la llevaban á Toledo.

Ya tenía yo siete años cumplidos y aún no conocía el mundo; nunca me habían sacado de los montes, ni se ocuparon en enseñarme á rezar ni á conocer á Dios.

Una mañana, habiéndose puesto malo uno de mis

hermanos mayores, que acompañaban siempre á mi padre, este me mandó que fuese con él, le seguí y entramos en Toledo.

Cuando ví tanta variacion de paisajes, tantas cosas nuevas, y sobre todo la ciudad y sus edificios tan extraños para mí, me quedé absorto contemplando cuantos objetos se presentaban á mi vista con infantil curiosidad. Volví á los montes triste y cabizbajo, anhelando vivir en aquel hermoso pueblo de que me apartaban por fuerza.

Mi padre, que tenia un génio brusco y arrebatado, nos trataba muy mal, haciéndonos trabajar incesantemente, mucho más de lo que nuestras débiles fuerzas podian resistir, de manera que lo mismo mis hermanos que yo, deseábamos sacudir el yugo de hierro con que nos oprimia, y al efecto nos escapamos burlando su vigilancia los tres una mañana marchándonos á Toledo, donde permanecemos muy poco tiempo por miedo de que nos descubrieran. Desde allí seguimos el primer camino que se ofreció á nuestra vista, y despues de andar muchas leguas llegamos á Talavera de la Reina, donde viéndonos sin recursos y siempre mendigando nuestro sustento, entramos de criados en una casa de labranza, teniendo la fortuna de encontrar tan buenos amos, que mis hermanos aún continúan allí, y yo salí por seguir á un sacerdote, cura párroco de un pueblecillo inmediato á Toledo, que encontrándome, segun dijo, con alguna disposicion para las letras, se propuso hacer de mí un hombre de provecho, y si no lo consiguió fué porque le sorprendió la muerte á los seis años de encontrarme á su lado. Sin embargo, en este tiempo aprendí lo suficiente para saberme conducir en el mundo.

A los quince años me encontré libre otra vez, y dispuse antes de decidirme por otra cosa volverme á los montes á ver qué habia sido de mis padres, que abandonamos en la niñez sin remordimiento alguno.

Efectivamente, realicé mi proyecto; me vine á este país, busqué la cabaña de mi padre, teniendo el desconsuelo de encontrar á éste moribundo, rodeado nada más que de una niña de cinco años, hija de nuestros vecinos, que habian muerto así como mi madre.

Aquella niña era Flor de Romero: mi padre, que me reconoció y perdonó en sus últimos momentos, me la recomendó con eficacia, haciéndome jurarle no abandonarla nunca, puesto que la infeliz se encontraba huérfana y sin una persona en el mundo que la prestase apoyo. He cumplido mi juramento: me constituí en su protector; ella cuidaba de las cabras, yo todo el día con la escopeta al hombro me ocupaba en cazar para alimentarnos, pues el oficio de leñador, que habia seguido mi padre, era demasiado rudo para dedicarme á él cuando estaba acostumbrado á otra vida muy diferente.

Una mañana llegué de caza sumamente cansado y me senté al pié de una encina, donde creí encontrar á Flor de Romero por hallarse allí las cabras; mas no la ví, y sorprendido empecé á buscarla, cuando la oigo que desde lo alto del *Pico de las Aguilas* me llamaba.

Como cosa de muchachos habia subido al risco siguiendo á una cabra, y como el descenso era más difícil que la subida, se encontró en lo alto sin poder bajar. El caso era que ella pudo trepar hasta allí con facilidad por su poco peso agarrándose á las matas, operacion que para mí era imposible sin el auxilio de una cuerda.

La pobre chica lloraba llamándome en su apoyo, sin que su llanto ni sus congojas me decidiesen á subir un risco tan pendiente, esponiéndome á caer cuantas veces lo intentase. Por fin se me ocurrió arrojar desde abajo una cuerda, para que atándola á uno de los arbustos más fuertes que crecian en lo alto de la roca se deslizase por ella.

Hizolo así en efecto: sujeto muy bien una punta de la

soga, tiré de la otra y vi que estaba perfectamente atada. Entonces la invité á bajar; ¡pero cuál fué mi sorpresa al verla resbalarse y caer, desapareciendo por el otro lado del risco!... Me quedé atónito, aguardé á que apareciese más de un cuarto de hora, y viendo que era en vano, supuse habria caido en algun barranco y me decidí á subir.

Por fortuna la sogá estaba puesta y no me costó trabajo. Cuando llegué á lo alto ví con admiracion este hermoso valle, escondido á las miradas del mundo por las montañas que le rodean. A la orilla del arroyo estaba tendida Flor de Romero; yo, creyendo se habria matado en la caída, puse la cuerda por este lado, y me deslicé con rapidez, teniendo la suerte de encontrarla desmayada nada más. Al volver en sí se vió en mis brazos: ambos lloramos de alegría, uniéndose desde aquel momento nuestras almas, pues aunque era una niña, yo juré tenerla siempre en este valle ignorado, haciéndola mi esposa cuando fuese una mujer.

Y así ha sido, no ha vuelto á traspasar esas montañas ni se acuerda de lo que hay detrás. A mí me era imposible permanecer aquí; al cabo de algunos dias salí, fui á nuestra antigua cabaña, hice una escala de cuerda que me sirviese para subir y bajar, y empecé á trasladar todos nuestros efectos, incluso las cabras, las gallinas y las palomas.

Más tarde, pasados algunos años de este acontecimiento, se encendió la guerra civil. Los montes se inundaron de facciosos, me uní á ellos, peleando desde entonces en favor de Carlos V. Un dia nos encontramos un destacamento de tropas cristinas, que nos acometieron, venciéndonos y haciéndome prisionero con otros cuatro facciosos. Iban á pasarnos por las armas cuando sin saber cómo ni por dónde, pues ninguno le conocia, se presentó el Solitario al frente de su partida, salvándonos

la vida con su increíble arrojo y el de sus valientes que consiguieron dispersar las tropas de la Reina.

Desde entonces me uní en cuerpo y alma á mi capitán y no hemos vuelto á separarnos. El me ha salvado la vida dos veces; y yo, para que tuviese un escondite seguro, le traje á este valle, no pudiendo pagar de otro modo los muchos favores que le debo, y sobre todo el cariño con que me distingue.

Leon cesó de hablar, dando por terminada su historia; sin embargo, aun las señoras le hicieron innumerables preguntas, en particular la condesa le pidió mil y mil detalles sobre su vida de campaña, deteniéndose con placer en escuchar el relato de las brillantes hazañas de César, su valor, sus generosas acciones y la autoridad y prestigio que en tampoco tiempo supo adquirirse entre los facciosos.

Así pasaron la tarde y las primeras horas de la noche: ya eran las doce cuando á fuerza de ruegos consintió la condesa en acostarse, imitándola Mauricia y Matilde; pero no pudieron en toda la noche conciliar el sueño. Su pensamiento estaba puesto en César y en el conde, y no podían olvidarlos, haciendo mil comentarios sobre lo que podría haberles sucedido, sin que ni remotamente adivinasen la verdad, ni se imaginasen el peligro en que habia estado la preciosa vida del conde.

Antes de que el sol dorase las crestas de las montañas ya estaban levantadas, recorriendo el valle y escuchando con atencion, creyendo á cada momento oír el silbato de César que pedia la escala. Hasta el silbido del viento ó el canto de los pájaros las engañaba: hubieran querido que la naturaleza enmudeciese para poder escuchar sin equivocarse aquel sonido celestial que debia inundar de gozo sus corazones.